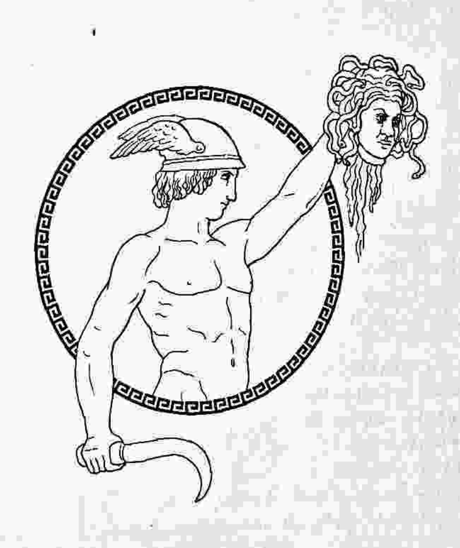
PERSEO

Y LA MIRADA DE MEDUSA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8703-8
Depósito legal: B 22255-2016

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Por todos lados, a través de los campos y a través
de las rutas, vio espectros de hombres y de fieras
que, de su antiguo ser, fueron convertidos
en pedernal al ver a Medusa.*

Metamorfosis, Ovidio, libro IV

Dramatis personae

Los argivos

Acrisio – rey de Argos y padre de Dánae, atormentado por la desgracia que le vaticina un oráculo.
Dánae – princesa de Argos y madre de Perseo.
Perseo – hijo de Dánae y del dios Zeus, expulsado de Argos por el rey Acrisio.

Los de Serifos

Dictis – pescador, hermano del rey Polidectes y benefactor de Dánae y Perseo.
Polidectes – rey de Serifos.

Los etíopes

Cefeo – rey de Etiopía, padre de Andrómeda.
Casiopea – reina, esposa de Cefeo y madre de Andrómeda, cuya vanidad ofende a los dioses.
Andrómeda – princesa etíope, hija de Cefeo y Casiopea.
Fineo – hermano del rey Cefeo y prometido de Andrómeda.

Los eternos

Zeus – dios soberano de los olímpicos, padre de Perseo.
Atenea – hija de Zeus, diosa de la sabiduría y la estrategia, protectora de Perseo.
Hermes – hijo de Zeus, medio hermano de Perseo.

Criaturas semidivinas

Grayas – tres hermanas nacidas viejas, Pefredo, Enio y Dino, que son hermanas de las gorgonas y tienen un solo ojo y un solo diente para las tres.
Ninfas – guardianas de ciertos objetos mágicos, que moran en un lugar desconocido.
Gorgonas – tres hermanas monstruosas, Esteno, Euríale y Medusa, hermanas de las grayas, que tienen la capacidad de convertir en piedra a aquel que las mira a los ojos.
Medusa – con serpientes en lugar de cabellos, es una de las tres hermanas gorgonas, la única mortal.

1

EL ORÁCULO

Los golpes de los martillos sobre las planchas de bronce retumbaban en los talleres del barrio de los herreros, junto a la puerta Nemea de la muralla de la ciudad de Argos. El viento del norte diseminaba el ruido sobre las apretadas casas de adobe, de color pajizo, que se apiñaban en torno al ágora, se metía bajo sus pórticos y, colándose entre los tenderetes del mercado, ensordecía a los artesanos y campesinos que intercambiaban sus productos. Los más viejos movían con pesar la cabeza. Durante las últimas jornadas, ni de día ni de noche se disfrutaba de un solo instante de silencio en Argos.

Desde el porche del palacio real, en la ladera del monte Aspis, el rey Acrisio, imponente con su manto púrpura, contemplaba a sus pies el abigarrado caserío, la muralla y la extensa llanura argólica, salpicada de olivares, que se extendía por el sur hasta la orilla del mar y por el este hasta

los montes erizados de picos que cerraban el horizonte. Se volvió hacia un consejero que lo interpelaba y, con el ceño fruncido y los ojos enardecidos por la furia, le respondió que tampoco ese día tenía tiempo de recibir al hijo del rey de Mégara, ni al enviado de Atenas, ni a ninguno de los andrajosos que venían a pedir favores o justicia. Que lo dejase en paz, dijo, mientras daba media vuelta y abandonaba el palacio a grandes zancadas.

Seguido por su escolta, el monarca se internó en unos áridos campos colindantes, en la misma ladera, cuyo confín más alejado terminaba en un pequeño bosque. Habían talado los árboles del centro y, en su lugar, se construía un edificio de planta cuadrada en piedra caliza. Valoró los avances con ojo crítico y, disgustado, apremió al capataz. Bajó luego la colina y se acercó a los talleres de forja. Bajo los tejadillos de paja, los discípulos de Hefesto laminaban el sonoro metal a golpe de martillo antes de someterlo al fuego, por segunda vez, para aumentar su dureza. Les exigió laborar más deprisa, doblar el número de hombres, irreconocibles por el sudor y el tizne, que alimentaban las fraguas. Fue, después, a donde los carpinteros serraban los troncos y cumplían febrilmente su encargo de fabricar las puertas más gruesas y recias que hubieran existido jamás.

De regreso en palacio, Acrisio atravesó el patio, entró en el salón principal y, a solas, se sentó en su gran trono de piedra. Todas sus esperanzas de engendrar un heredero se habían desvanecido. Mas ese dolor podía soportarlo como aguantaba las largas caminatas bajo el sol, al frente de sus hombres, para ejercitarse con las armas; como sobrellevaba que su hermano Preto le disputase el trono y el territorio de Argos. Se aborrecían desde antes de nacer, cuando ambos crecían a la par y ya se pateaban y empujaban en la oscuridad del vientre de su madre. Ese conflicto fraterno se dirimía con la guerra, una sola o muchas, pues cualquier chispa servía para encender entre ellos la pugna. Nada nuevo, pues en sus pechos resurgía y se incrementaba el odio mutuo que ya se profesaban sus abuelos Dánao y Egipto, hermanos también. Desde hacía seis días su preocupación, en cambio, era otra. A fin de averiguar cómo podría tener un hijo varón, pues su esposa, la reina Aganipe, había parido una hembra nada más, había mandado a su anciano mentor a consultar el oráculo. La respuesta había sido terrible: el varón no nacería de él, sino de su hija, y ese nieto le daría muerte cuando llegase a la edad adulta. La zozobra ante una amenaza semejante no le daba tregua y lo reconcomía por dentro, pues había decidido guardar para sí tan funesta profecía. Al menos, hasta que hubiera tomado las medidas necesarias para protegerse.

◊◊◊

Al duodécimo día, incapaz de conciliar el sueño, el rey Acrisio se alzó del lecho antes del amanecer para visitar las obras que le exigían tanto empeño. En la puerta del palacio le esperaba en pie, reconocible en la penumbra por la blancura de su barba y su porte noble, su mentor. El rey, sorprendido, se detuvo ante él.

—No te atormentes más, ni causes tantas fatigas a ti mismo y a tu pueblo —dijo el anciano—. Nada puedes hacer para eludir los decretos del hado, Acrisio. Ni siquiera los altos dioses olímpicos tienen poder para torcerlos.

El rey clavó en aquel rostro sereno una mirada de rabia y, levantando el brazo para señalarle el camino, le ordenó que se alejase enseguida de Argos y no osara regresar jamás. Esperó a que el anciano, con andar pesaroso, emprendiera la marcha antes de darle la espalda y retomar la suya. Cuando llegó al bosque, los canteros apagaban ya las teas de las que se valían para trabajar durante la noche y pasaban el turno a quienes llegaban, frescos, a sustituirles. Acrisio pateó el tocón de un ciprés abatido. A gritos intimó a los picapedreros a darse prisa so pena de cortarles las manos; a quienes se afanaban izando las piedras para culminar los muros les advirtió que los despellejaría con el látigo si no acababan pronto. Mandaría al Tártaro a los perezosos y los lentos.

∞

Gruesas lágrimas brotaban de los ojos de Dánae mientras contemplaba el cielo desde el centro del patio porticado. Una bandada de pájaros cruzó sobre su cabeza y, por un instante, su ánimo quedó en suspenso. Uno de los pajarillos se posó en el borde del tejado plano y picoteó unas semillas. La niña envidió sus alas, su vuelo libre que atravesaba el éter sin más límite que el horizonte. Cuando el ave se fue, Dánae retornó a su pesadumbre. Hasta hacía poco sus rubias trenzas aún corrían tras ella. Con los brazos abiertos saltaba, giraba sobre sí misma, se reía y desafiaba a sus amigas a alcanzarla, conscientes todas de que pronto terminarían los juegos de la infancia. Muchas de ellas contraerían matrimonio la próxima primavera, sus días estarían ocupados con las obligaciones domésticas, el cuidado de sus maridos, sus hijos. A ella la esperaba, en cambio, un futuro diferente.

Ese porvenir se había desvelado cuando el hijo del rey de Mégara, recibido finalmente por Acrisio, solicitó desposarse con Dánae. La negativa del monarca fue rotunda e insultante. Se ofendió el príncipe y aseguró que le declararía la guerra si le negaba a su hija para entregársela a otro. Subió de tono la disputa hasta que Acrisio declaró, a gritos, que mil pretendientes que vinieran se irían, como él, con las manos vacías. Ante estas palabras se calmaron unos ánimos y se encendieron otros: creció la alarma entre los consejeros de Argos que, preocupados ya por la conducta del rey, intuyeron en esta respuesta una extravagancia más. Enseguida llegó a oídos de la reina Aganipe, de hermosas trenzas, mas esta, conociendo el carácter colérico de su marido, prefirió esperar a la noche para hablarle.

Cuando su esposo la reclamó en el tálamo, yació con él y le procuró los mayores placeres. Luego, la astuta reina aludió a uno de sus consejeros. Le preocupaba ese hombre: o estaba confundido o le había mentido a propósito, pues ¿quién podría creerse que un soberano renunciase a sellar pactos matrimoniales? ¿Qué padre le negaría un marido a su hija?

—Dánae debe desposarse con un monarca, de acuerdo con su rango y la importancia de sus antepasados —concluyó la reina—. Ninguna otra elección es aceptable.

—¡No se casará! Ni con un rey ni con un porquero. —Acrisio saltó del lecho y derribó un escabel—. No permitiré que mi hija conciba y lleve en su vientre al hombre que ha de acabar con mi vida.

—¿Qué locuras dices, esposo?

—No es locura, sino desesperación. Un oráculo ha predicho que moriré a manos de mi propio nieto. ¿Te das cuenta?

Me he torturado mucho, pero si he de escoger entre mi vida y la de un ser que aún no ha nacido, elijo la mía.

Aganipe se desplomó sin fuerzas sobre el lecho.

◇◇◇

Desde entonces, Dánae, sumida en el espanto y la vergüenza, no se atrevía a levantar el rostro salvo para mirar al cielo. Hablaron mucho madre e hija y, poco a poco, comprendió esta la inquietud de su padre, la profundidad de sus temores y su decisión de no casarla e, incluso, de prohibirle salir de palacio. La aceptación de lo irremediable, ese bálsamo que alivia los pesares, surtió su efecto en ambas: con el paso de los días se fueron consolando y hasta se alegraron de que su destino fuera permanecer siempre juntas, cuidar la una de la otra. Indescifrable para ellas eran, en cambio, los motivos de tanta agitación en torno al rey, los operarios y maestros que venían a visitarlo, sus continuas salidas y el abandono de los asuntos de gobierno. Les producía una gran desazón el rítmico batir del bronce que día y noche, amortiguado por las gruesas paredes, susurraba en sus oídos un inquietante mensaje. Acabaron por acostumbrarse. Hasta que una noche, mientras todos dormían, cesaron los ruidos. Una calma mortal, helada como la quietud de los sepulcros, descendió sobre Argos. Sobrecogida por el repentino e inusual silencio, Dánae se despertó y se incorporó en el lecho.

Al poco, un siervo provisto de un hachón entró en la estancia donde dormían ella y su nodriza y en voz baja las conminó a levantarse y a acompañarlo con sigilo. En el patio las esperaba el rey, quien, dando la espalda a su hija, comenzó a andar en cuanto sintió el rumor de sus pasos. Dánae y su

nodriza lo siguieron sin pronunciar palabra. Rodeados por el cerco de luz que emitía la antorcha, abandonaron el palacio y se internaron en el campo vecino, temblorosas ambas por lo insólito de esta salida y por los innumerables peligros que acechan en la noche. Por fin se detuvieron. Los dedos rosados de la aurora hicieron emerger de entre las sombras los altos muros de una torre, rodeada y casi oculta por un bosquecillo de tilos y cipreses. Al acercarse más, las bruñidas paredes reflejaron el resplandor de la antorcha y refulgieron con una luz cegadora, relampagueante como los rayos de Zeus. Reforzada a su vez con escamas de bronce, la puerta de dos hojas se entreabría como las fauces de un monstruo pronto a devorar a sus víctimas, a arrastrarlas al pavor de sus entrañas sombrías. El parpadeo de una luz mortecina en su interior apenas espantaba la negra oscuridad. La muchacha se estremeció cuando la voz desabrida de su padre les ordenó entrar a ella y a su nodriza. Cruzaron el umbral como quien se dirige empujado a un abismo, con la misma angustia y el mismo pavor aferrados al pecho. Tan pequeño era el recinto que una sola lucerna permitía distinguir tres paredes y el inicio de una escalera de madera. Dánae tuvo que apoyarse en su nodriza para no caer cuando el portón se cerró a sus espaldas con un trágico chasquido.

En aquella torre forrada de bronce habría de permanecer Dánae el resto de sus días.

◇◇◇

Pasaron cinco inviernos. Si al principio de su cautiverio Dánae añoraba el retazo de cielo azul que contemplaba desde el patio del palacio de Argos, se conformaba ahora con el

pequeño pozo de luz horadado en el techo de la última planta, por donde salía el humo del hogar y entraba la claridad del día. En ella pasaban el mayor tiempo posible, ocupadas en el telar y en las pequeñas tareas cotidianas: preparar la comida, calentar agua para asearse, blanquear la ropa. Solo durante las noches frías descendían a la segunda planta, donde guardaban sus humildes posesiones y unos catres donde tumbarse a dormir. Más inhóspita aún era la planta baja. Allí almacenaban la leña, el agua y los alimentos que les traían regularmente del palacio y les pasaban por un ventanuco practicado en la puerta. A través de él también se estrechaban las manos a diario Dánae y Aganipe mientras esta vivió. La reina se cortó sus bellísimas trenzas y se vistió de luto cuando se enteró de que el rey había recluido tan despiadadamente a su hija. Lloró, rogó, imploró a su marido, se negó a yacer con él, mandó mensajes a su propio padre para que mediara. Todo fue inútil. La pena y la desesperación le hicieron mella y enfermó.

Después de su muerte, empeoraron las condiciones de vida en la torre. Los víveres llegaban más espaciadamente, siervas nuevas los llevaban y se marchaban sin apenas hablar. El rey Acrisio parecía haberse olvidado de su hija. Dánae, a veces, también se creía muerta. Para conjurar esa sensación de acabamiento, cantaba. Entonaba con su nodriza himnos sacros, aquellos que aprendió en las ceremonias en honor de la madre Hera, o los que las doncellas cantaban para celebrar a la divina Ártemis. Eran antiquísimos, oscuros, compuestos de palabras arcanas cuyo significado no alcanzaba a comprender. Aún así, le daban fuerzas. Sin embargo, en el último año empezó a gritar contra su padre, lo llamaba indigno,

ruin, cruel causante de su existencia mísera. Pronto se pasaría su juventud, su vitalidad se marchitaría.

◇◇◇

El deslumbrante carro de Helios recorría la bóveda celeste con sus caballos lanzados al alegre trote, cuando se despertó una mañana el padre Zeus. Era tal la hermosura del día, que sacudió de sus miembros la pereza, pidió una copa de ambrosía y decidió recorrer el orbe dando un largo paseo. Atravesó espesuras y olió la primavera en las flores solitarias de las zarzas y de las parras silvestres, cruzó barrancos y arroyos cristalinos, caminó sin rumbo, atraído por los placeres del olfato y la vista. Cerca del ocaso, se sentó en una cumbre a descansar y recrear su mirada tendiéndola ya hacia el brillante mar salpicado de islas, ya hacia la llanura argólica. Entonces, uno de los caballos de Helios tuvo un pequeño tropiezo, se escoró la caja del carro y de él resbaló un último rayo antes de hundirse en el horizonte. Este leve percance, que no escapó a la vista de Zeus, produjo un brillo resplandeciente en Argos, un centelleo rojizo y casi cegador. Sintió deseos el rey de los dioses de averiguar qué objeto o qué prodigio había producido una luz tan hermosa y, sin perder tiempo, se dirigió hacia allí.

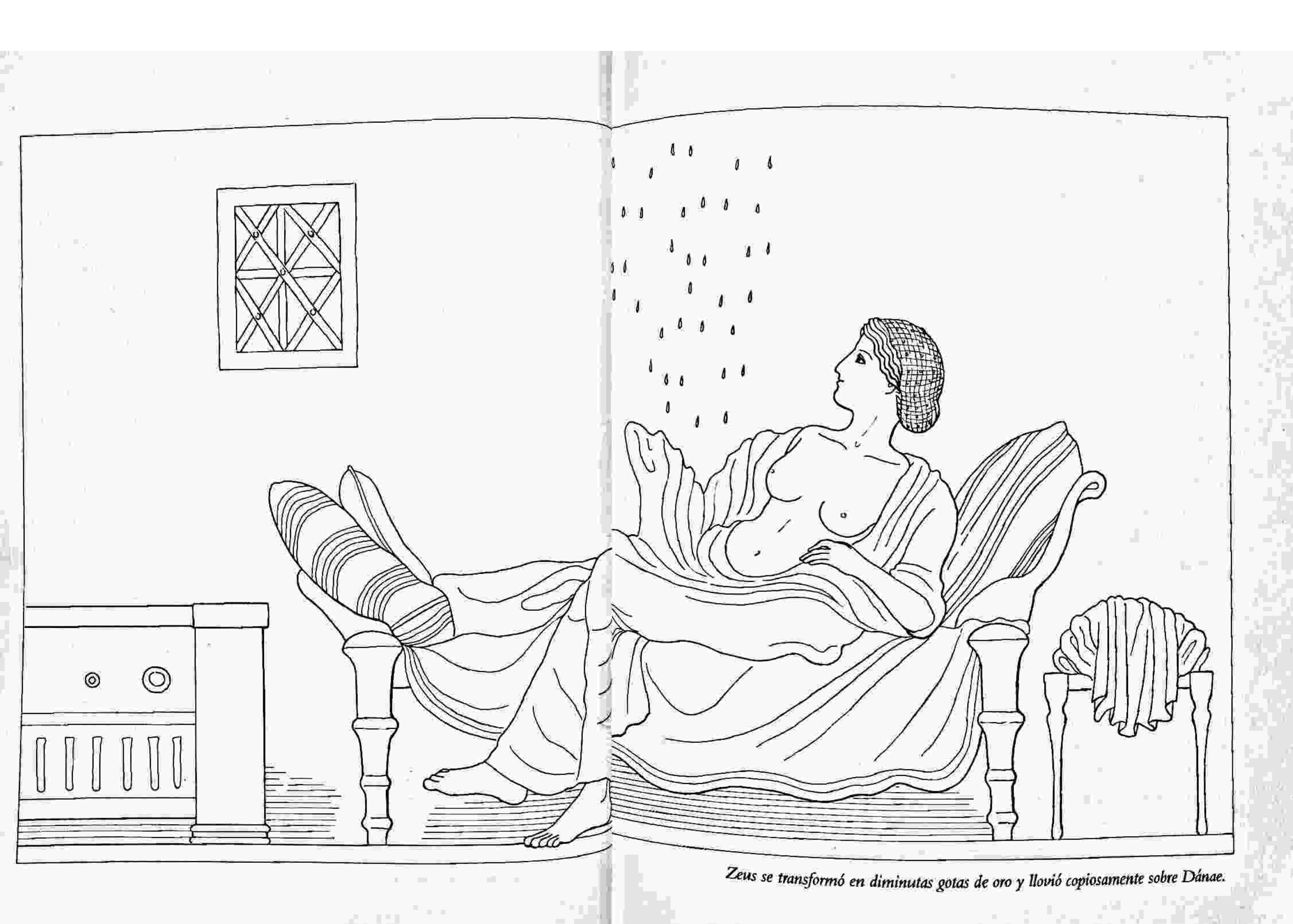
La alta torre de bronce descollaba entre las copas de los cipreses y los tilos, aún reverberaba en su techo la última luz del sol. ¿Qué extraña construcción era aquella? ¿A quién se dedicaba? Ninguno de sus templos estaba guarnecido con un material tan rico y esplendente, ni uno solo lo igualaba en solidez y hermetismo. El tragaluz situado en el centro del techado era la única comunicación abierta al exterior. Miró dentro.

Tendida sobre un lecho, abandonada a su púdica desnudez, solo cubierto un hombro por las ondas de su rubia cabellera, yacía una joven. Sus ojos límpidos miraban hacia él sin verlo, como esperando que del cielo, ya estrellado, descendiera un rayo de luna para aumentar la claridad de su propia piel. O tal vez, ajena a esas femeniles veleidades, buscaba hundir su mirada en la cúpula celeste y hallar en ella una explicación a su infeliz encierro. Cautivado por su belleza y su lozanía, al instante se inflamó Zeus de amor por Dánae y decidió poseerla. No habiendo entrada por la que acceder a la torre y presentarse ante la joven en toda su gloriosa majestad, halló el modo de penetrar en su estancia: se transformó en diminutas gotas de oro y, mientras su potente rayo iluminaba el cielo sereno, llovió lenta y copiosamente sobre ella. Deslumbrada, maravillada por aquellas chispas doradas que descendían y arrojaban luz sobre su carne y su existencia oscura, Dánae abrió, gozosa, los brazos y su seno para recibirlas; le acariciaban la piel, cálidas y ardientes, turbadoras; un goce desconocido y placentero la inundó y le provocó un estremecimiento de dicha. Sintió renacer su cuerpo y renacer ella misma prodigiosamente, plena de alegría y juventud.

Cuando cesó la extraordinaria lluvia, Dánae cerró por fin los ojos y se abrazó rodeándose con sus brazos.

Verdeaban las hojas de los tilos, asomaban entre ellas los ramilletes que, en pocos días, habrían de florecer y perfumar el aire, cuando Dánae se dio cuenta de que un fruto germinaba en su vientre. Era imposible. Nadie entraba en la torre. Sin embargo, sus senos estaban hinchados, tensos, y cada vez con mayor frecuencia acudía a su memoria el recuerdo de la lluvia de oro y del rayo del rey de los dioses que acompañó aquel prodigio. Pensamientos oscuros, negros como las plumas del grajo, se abatieron sobre ella y ni de día ni de noche dejaban de atormentarla. Entre lágrimas confesó lo ocurrido a su nodriza y esta lloró también, pues ambas comprendían que, de ser descubierta la preñez, solo les esperaba la muerte por orden del rey. Y así como las ternerillas levantan sus cabezas para buscar las ubres de sus madres, así ellas alzaban sus rostros hacia el techo de la estancia buscando la claridad vivificante del día apenas asomaba la aurora. Necesitaban de aquel resplandor, aun cuando fuera transitorio y débil, para soportar su reclusión y su miedo. Vieron así pasar muchos soles sobre el pozo de luz y cuanto más dorados y vigorosos se volvían sus rayos, más opresiva era la lobreguez que dejaban tras su paso, pues descontaba el tiempo que les restaba de vida.

Todo a su alrededor era tristeza y muerte hasta que, un atardecer, Dánae sintió dentro de su vientre un leve empujón. Se apartó las ropas. Con las palmas de las manos recorrió su propia piel buscando, con asombro, el punto exacto donde el hijo de Zeus acababa de anunciar que estaba vivo. Otro movimiento. La criatura se agitaba dentro de ella, cambiaba de postura. Sintió una rara fuerza que la incitaba a obrar, a rasgar las tinieblas de su mente y a luchar por la alegría y la esperanza de una nueva existencia, por un hijo que merecía vivir. Invitó a su nodriza a comprobar su descubrimiento. Ambas rieron, llenas de emoción. Se sacudieron la melancolía y se prepararon para recibir ese regalo divino. ¿Por qué, o de qué modo, habrían de descubrirlas en aquella soledad? La torre era su cárcel y también su salvación. Empezaron a tejer las prendas para el futuro nacido. Y al mismo ritmo que iba



Zeus se transformó en diminutas gotas de oro y llovió copiosamente sobre Dánae.

y venía la lanzadera en el telar, la incertidumbre y el gozo, el temor y la esperanza se alternaban en el ánimo de Dánae.

Llegó el día del alumbramiento y, entre grandes dolores que la joven soportaba apretando un palo entre los dientes, se abrieron por completo sus entrañas. Un hijo varón, redondo, hermoso, pasó de una oscuridad a otra; de un silencio cálido y acuoso a otro silencio seco, impuesto por la necesidad: la nodriza había preparado un cesto y formado sobre él una tienda de gruesas telas para evitar que algún ser humano oyese sus vagidos. Solo cuando el neonato, rendido por el esfuerzo, se durmió, lo sacó para mostrárselo a Dánae. ¡Cuánto crecieron en ella el miedo y la dicha! A la luz de una lucerna contemplaron sus labios diminutos estirados en una sonrisa plácida, la forma almendrada de los ojos, los pómulos aún enrojecidos por el reciente esfuerzo. En torno a su cabecita, los cabellos rubios y finos como hebras de oro formaban una aureola. Las mujeres afirmaron en voz alta que se trataba de un niño feo, panzudo y con los miembros mal proporcionados y enseguida le colocaron un amuleto en el cuello para librar a Perseo de la envidia de algún dios.

Entre el sigilo, las precauciones especiales cuando las siervas les llevaban provisiones y el oído atento siempre a cualquier señal del exterior, transcurrió el final del otoño y el invierno. Con el alargarse de los días y el tiempo cálido, la madre exponía a su hijito al cono de luz benefactora cuando el carro del sol transitaba sobre sus cabezas. El pequeño, desnudo, respondía moviendo los brazos y las piernas y emitía gritos alegres antes de que lo rindiera el sueño. Los sonidos de Argos solo llegaban, como un eco lejano, cuando una ráfaga de viento los arrastraba hasta allí.

Fue, en cambio, el destino o un desconocido dios el que condujo al rey Acrisio hasta el pie de la torre una mañana. Había salido a caminar cuando creyó oír una flauta. Miró en todas direcciones sin ver a nadie. Una risa burlona resonó luego a sus espaldas. Enojado, pensando que alguno de sus súbditos se atrevía a mofarse de él, desenvainó su espada y avanzó deprisa, persiguiendo ese sonido que lo mismo parecía una burla que una melodía. Así llegó hasta el bosquecillo de tilos y cipreses. A grandes voces reclamó Acrisio que, quienquiera que hubiera osado reírse de él, saliera para hacerle frente. No fue un hombre ni un dios quien respondió a la exigencia del rey, sino los alaridos de Perseo que, al ser despertado violentamente por aquella voz de trueno, rompió a llorar. Calló el rey, paralizado por la sorpresa, y aguzó el oído. Era, sin duda, un llanto infantil, y se elevaba desde el respiradero de la torre. La cólera y el miedo se enroscaron a su pecho como una serpiente que estrechara sus anillos en un abrazo mortal.

2

Castigo

A los gritos del rey y al llanto delator de Perseo había sucedido alrededor de la torre un silencio absoluto, aterrador. Igual que en el Tártaro las desdichadas hijas de Dánao, su antepasado, acarreaban jarras de agua para colmar un tonel sin fondo, así Dánae trataba de llenarse de esperanzas sin conseguirlo. Tenía la boca seca y el cuerpo revuelto; las miradas que se cruzaban la nodriza y ella eran de pánico. Sentadas junto a la cuna de Perseo, sujetándolo de una manita cada una, esperaban sin hablar. De pronto, desatando aún más su pavor y sus peores presagios, a los pies de la torre volvieron a resonar, como antaño, los golpes de un martillo, el lamento de la madera al ser penetrada por el bronce. El son funesto alimentó su miedo desde el mediodía hasta el anochecer cuando, para mayor espanto, cesó.

Los goznes del portón emitieron un prolongado gemido y las voces de los guardias las conminaron a salir. Casi

a tientas, temblorosas, bajaron las escaleras y traspasaron el umbral. El rey Acrisio, plantado delante de la puerta, proyectaba sobre ellas una sombra aciaga; había furia en sus puños cerrados, en el gesto despectivo de la boca. Dánae se arrojó a los pies de su padre con Perseo en brazos y le explicó de qué modo el poderoso rey de los dioses había penetrado en la torre para poseerla; en vano le mostraba al hijo de sangre divina para que, reconociéndolo, se apiadara de él o, cuanto menos, lo indujera a temer la cólera de Zeus.

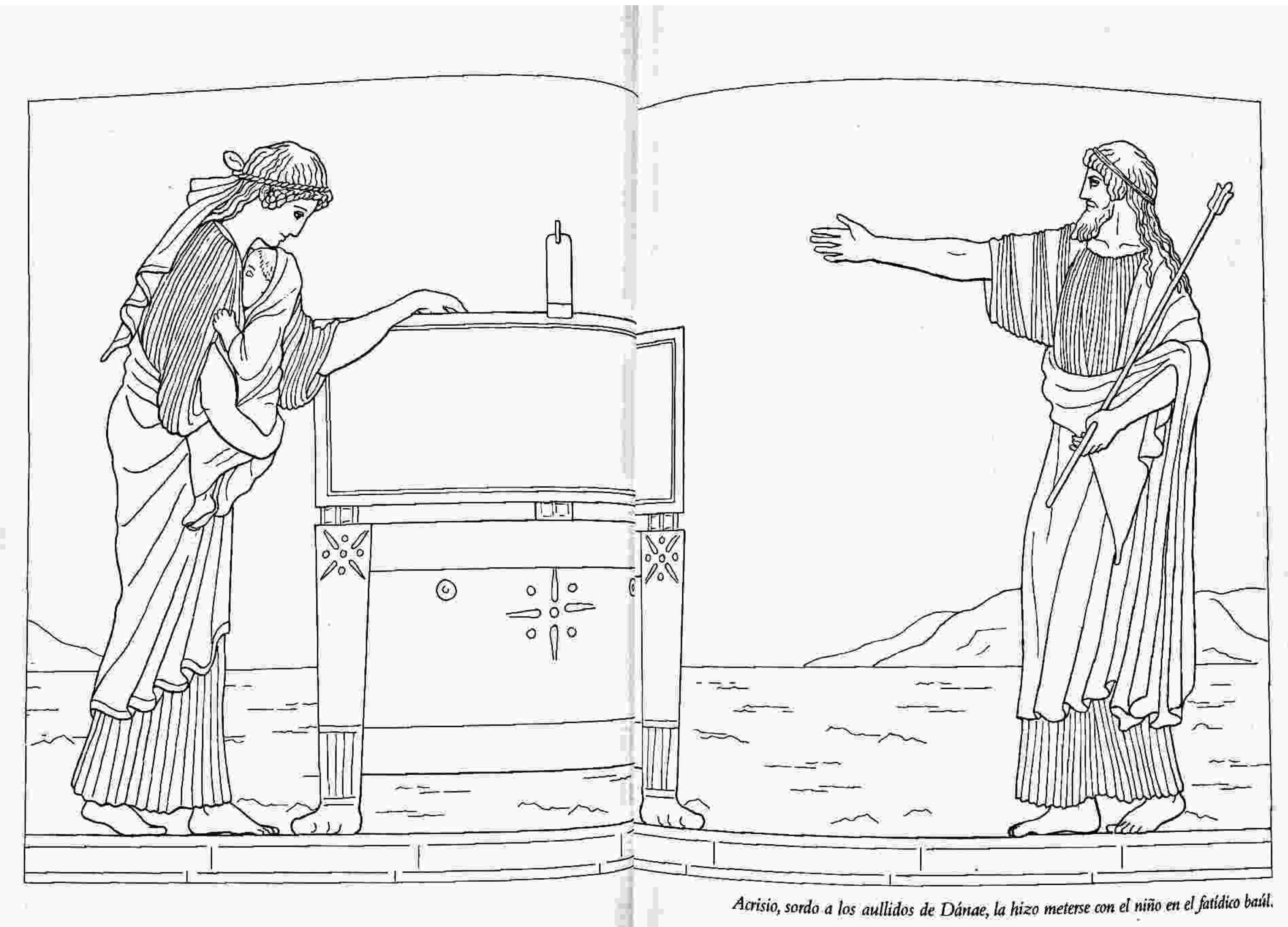
Acrisio rechazó tal paternidad para su nieto y abominó de él, pues había nacido para matarlo. Mandó a los guardias llevarse aparte a la nodriza, degollarla y arrojar su cadáver a los perros. Y, sordo a los aullidos de la anciana y de Dánae, que se agarraban para evitar que las separasen, aferró a su hija por el brazo y la arrastró hasta los pies de un ciprés. Allí, un recio baúl abría su vientre oscuro, fatídico. De un empellón, Acrisio la hizo meterse dentro. Rompió a llorar el niño, suplicaba piedad la madre mientras la mano implacable del rey le empujaba la cabeza contra el fondo y luego le arrojaba su manto púrpura para que les sirviera, a ella y a su hijo, de sudario. Con la tapa se abatió la oscuridad absoluta sobre los condenados y una lluvia de golpes la selló con clavos de bronce. Dánae se desvaneció.

∞

Al volver en sí, notó el traqueteo de un carro sobre las piedras del camino. Perseo pataleaba y gemía. Luego siguieron voces, gritos, el balanceo del baúl, el golpe seco al ser depositado en una superficie plana. Más tarde, un movimiento dulce, como cuando la acunaba su madre, Aganipe, sumió al

niño en el sueño. Poco a poco el vaivén se tornó violento, más angustioso aún por la oscuridad y la falta de aire. De pronto, experimentó el vértigo de una caída y el choque contra un elemento blando y duro a la vez. Así, convertida en frágil barquichuela, el arca fue abandonada a los embates de una tempestad. Dánae estrechaba a su hijito contra su pecho y se admiraba de la placidez de su sueño mientras el furibundo oleaje barría la tapa de su tumba. Por primera vez, y no sin temor a ofenderlo, suplicó ayuda a Zeus. La oyó el rey de los dioses y de inmediato pidió a su hermano Poseidón que restableciera la calma en sus dominios. El dios del mar emergió del fondo del océano, ordenó a los vientos retirarse, colocó las palmas de sus manos sobre las olas y las aquietó. Al instante el arca, con suaves oscilaciones, flotaba sobre una mar tersa, lejos de las costas argólicas.

Un cambio tan repentino alertó a un grupo de nereidas que se había refugiado del temporal en aguas profundas, cerca de las islas Cícladas: por curiosidad, asomaron sus cabezas adornadas con diademas de algas y conchas y vieron el arca. Se acercaron. Del interior provenía un murmullo, un lamento humano que el agua amplificaba y que enseguida cesó. Una de ellas aplicó el oído a un costado de la caja y oyó el latido diminuto y calmo de un corazón y el batir acelerado de otro. Quienesquiera que fuesen, estaban vivos. Conmovidas por su suerte desdichada, decidieron socorrerlos. Nadaron a su alrededor y, con pequeñas ondas, la empujaron hacia la abrupta isla de Serifos, de abundantes acantilados y ensenadas. Enseguida avistaron a un pescador que lanzaba sus aparejos al mar y consideraron más rápido y seguro enredar la caja entre sus redes. Apenas el marinero se



Acrisio, sordo a los aullidos de Dánae, la hizo meterse con el niño en el fatídico baúl.

percató del grueso bulto que amenazaba con desgarrar sus mandiles, puso rumbo a tierra.

Grande fue la expectación que se formó en la playa al correr la voz de que Dictis, el hermano del rey de Serifos, arribaba a puerto y sus hombres reclamaban ayuda para extraer del agua un misterioso baúl. Necesitaron cuerdas para izarlo y llevarlo a la orilla, donde los carpinteros arrancaron los clavos de la tapa. Muchos fueron los gritos, las bocas abiertas por el asombro, las exclamaciones de gratitud a los dioses cuando, al destapar el insólito hallazgo, el sol destelló sobre los rubios cabellos de madre e hijo, y un alegre gorjeo reveló que estaban vivos.

Aturdida por la luz deslumbrante del sol tras tantos años viviendo en penumbra, maravillada por salir de aquel encierro y, a la vez, temerosa de nuevas agresiones, Dánae no acertaba a pensar con lucidez. Las piernas le temblaban mientras la ayudaban a salir del arca. Miraba con estupor los montes frente a ella, las casas de adobe que, encaramadas en una loma, casi se confundían con la tierra y las rocas, los rostros que le sonreían. Una mujer de sonrosadas mejillas la abrazó largamente y le aseguró que estaba a salvo. Solo entonces permitió que le cogieran de los brazos a Perseo y lloró.

∞

Dictis y su esposa, Ea, acogieron con júbilo a los náufragos. Jamás habían recibido de los dioses un regalo tan precioso, pues careciendo de hijos y de esperanza de tenerlos, su llegada fue como la lluvia sobre la tierra reseca: vivificó los días en su hogar. Ya desde el alba empezaba el trajín: las doncellas colocaban piedras gruesas en los rescoldos para

calentar el agua donde bañar a Perseo; cantaban las siervas que elaboraban la comida; Dictis cogía al niño en brazos y salía a la puerta de la vivienda, emplazada justo en el punto donde el suelo terroso de la loma dejaba paso a una corona de rocas. Perseo le enredaba sus deditos en la barba y tiraba fuerte de ella mientras él, con la sonrisa en los labios, le recitaba los nombres de las cumbres, los barrancos, las radas, las islas que se divisaban desde aquel privilegiado mirador. Bajaban luego las lavanderas a la orilla del mar y se llevaban consigo al pequeño. La esposa de Dictis se convirtió en una segunda madre para Dánae. Juntas supervisaban el trabajo de las siervas, calculaban las provisiones de leña y comestibles y se turnaban en el telar, donde confeccionaban los tejidos más finos y delicados para el hijo de Zeus. Los ojos de Ea se llenaban de lágrimas cuando, a veces, en torno al fuego del hogar, las mujeres pedían a Dánae que les hablase de la reina Aganipe, de su niñez en Argos, de su terrible encierro y del injusto final de su nodriza.

En esa morada creció Perseo. Todo el mundo lo conocía en Serifos. Los vecinos que descendían al mar, a cuidar de sus campos o atender sus caballos, que se criaban hermosos en aquellos montes, agitaban la mano cuando veían su cabecita rubia asomada a la puerta. Las doncellas de la casa pedían a los dioses que les concedieran un hijo como él, bello y alegre, de ojos vivaces. Para todas tenía el hijo de Dánae una sonrisa, pues era de natural afable y ruidoso. Incluso cuando jugaba a esconderse era fácil encontrarlo, porque con la excitación se aturdía y empujaba una lucerna, o tiraba una copa. No soportaba la soledad ni el silencio y menos aún la oscuridad. Cuando anochecía se arrimaba

a su madre y era imposible apartarlo de ella. A veces se despertaba gritando, se agarraba a Dánae y parecía que la aurora no iba a llegar nunca.

Cuando cumplió ocho años, Dictis empezó a llevárselo al mar. Apoyado en la proa de la nave, el niño se reía con el viento azotándole la cara y el pelo. Ayudaba a los marineros a desatar los cabos, a plegar la vela cuando el viento del norte los zarandeaba con su soplo helador, a echar las redes en los bancos de peces y a sujetar el timón mientras los demás las recogían colmadas de sardinas y mújoles. Quería ser el primero en honrar a Poseidón devolviendo un pez vivo al agua, pues a un dios tan poderoso convenía tenerlo a favor, y siempre se colocaba junto a Dictis cuando este le ofrecía una libación de vino ante la amenaza de una tormenta. No menos reverenciaba a las nereidas, que llenaban de cantos y alegría el palacio de Nereo, su padre, en el fondo marino. Gritaba con entusiasmo si, a lo lejos, veía destellar sus cabelleras u oteaba la blanca espuma de la que solía rodearse Doris, madre de tan hermosa progenie, y siempre lanzaba algún don para ella. Con la piel y los labios salados, el espíritu alegre, retornaban a Serifos al atardecer.

No menos energía dedicaba Perseo a jugar con otros muchachos. Eran pocos, pues la escasa superficie de la isla, su sequedad y la pobreza de sus cultivos no atraían a nuevos habitantes. Sin embargo, Serifos debió de ser célebre en el pasado, pues de otro modo los cíclopes, constructores de murallas, no habrían vivido en la enorme caverna que se abría en la escarpa meridional de la cima más alta. Perseo se enfurruñaba cuando iban allí y se negaba a entrar a explorarla con sus amigos. Estos, entre risas, lo provocaban desde dentro:

«ven, ven, que hay un tesoro»; o «mira, ¡un dibujo de las murallas de Argos!» Si no vienes a verlo es que eres un cobarde y nunca serás su rey. Las burlas cesaron cuando una tarde, en sus inmediaciones, mientras dormitaban tumbados al sol, una serpiente salió de debajo de una roca y se enroscó en el cuello de uno de ellos. Los demás echaron a correr, espantados, abandonando al amigo. Perseo, en cambio, buscó una piedra afilada, le hizo un gran tajo a la serpiente y, con mano temblorosa, liberó a su compañero.

Dánae veía crecer a su hijo con orgullo mientras ella recobraba el equilibrio y la serenidad. Se sentía amada y a salvo en aquel lugar pequeño, un puñado de montes que se cocían al sol. Llenaban sus días las ocupaciones cotidianas, libres de angustia y salpicadas de acontecimientos nimios: la gallina que había dejado de poner huevos, la necesidad de recoser la vela de la nave de Dictis, la construcción de un cuarto anejo a la vivienda principal para que ella y Perseo guardaran sus pocas posesiones y se retiraran a descansar por las noches. El tiempo discurría plácido. En esa isla no cabían grandes pasiones ni temores, como el de su padre, el rey Acrisio, que tanto daño les había causado. Serifos era un universo reducido, una torre de bronce en medio del mar.

◇◇◇

A punto de cumplir dieciséis años, Perseo dejaba atrás la infancia y se abría paso hacia la juventud. Desde hacía tiempo formaba parte del grupo de muchachos que acompañaba al rey de Serifos, Polidectes, en las partidas de caza. El monarca, mayor que su hermano Dictis y mucho más robusto, prefería los montes al mar y no era infrecuente ver su clá-

mide púrpura y su cabellera roja agitadas por el viento en la cumbre de alguna colina. En los últimos meses, desde que había quedado viudo, cada tres o cuatro días resonaba por los valles, las calas y los acantilados el cuerno que convocaba a los cazadores. Estos acudían al palacio real, en la cresta de la colina y, desde allí, pertrechados de agua y alimentos, partían en grupos y competían entre sí. Las piezas no eran muy variadas, pues se reducían a conejos, liebres y perdices, mas resultaban útiles para los propósitos del rey: forjar un grupo de compañeros fieles y capacitados en todo momento para el combate.

No detenían a Perseo los terrenos difíciles, se camuflaba hábilmente entre los matorrales e intuía los escondrijos de las futuras presas. En sus manos las piedras eran un arma tan valiosa como la jabalina o la espada. Las lanzaba sin usar la honda y no se le escapa ni un gazapo ni un ave, pero en cuanto tenía tres o cuatro en el zurrón, dirigía su esfuerzo a arrojar las piedras lejos, lo más lejos posible, pues le apasionaba el tiro. Pronto la curiosidad lo llevó a buscar otros proyectiles. Cuando en la casa se rompía un plato de barro, reclamaba sus restos para experimentar con ellos y observó así que las piezas redondas y planas hendían el aire con mayor facilidad y rapidez. Como era muy persuasivo, una mañana convenció a Ea, de hermosas mejillas, de que necesitaba la tapa de madera de un ánfora de almacenar agua. Con ella elaboró una pieza más pequeña, completamente circular y con los bordes afilados. La llevó a un herrero para que la reforzase y le diera peso revistiendo su contorno con un aro de bronce. Denominó «disco» a ese artefacto y no se cansaba de practicar con él. Llamó tanto la atención este

nuevo juego, que sus amigos se disputaban su atención para que les enseñase a fabricar los discos y a arrojarlos. Orgulloso de lo que había conseguido, Perseo rogó a su madre que bajase un día a la playa para verlo lanzar el disco de su invención. Dánae, que, como todas las mujeres nobles, no se dejaba ver en público, se resistía, pero cedió finalmente. Así, una tarde soleada de finales de invierno, Dánae, su anfitriona y varias criadas descendieron de la ciudad hasta la orilla del mar. Animadas por el buen tiempo y la alegría de Perseo, las mujeres terminaron por descalzarse, formaron un corro y danzaron como si fueran doncellas. Tan distraídas estaban con sus cantos y juegos que no se dieron cuenta de que se acercaba el rey Polidectes. Cuando la sombra imponente de su figura se proyectó, oblicua, en la arena que ellas pisaban, estaba ya a pocos pasos, observándolas con una sonrisa. Azoradas, se soltaron de las manos y se quedaron inmóviles.

Con las mejillas ruborosas, el pecho jadeante y los rosados labios entreabiertos para respirar mejor; los brazos níveos inmóviles, aún extendidos en el aire; incendiado por el sol del ocaso el oro de las trenzas que enmarcaban su cabeza e iluminaban su rostro con un halo divino, Dánae hubiera vuelto a seducir a Zeus. Tanto más quedó extasiado Polidectes, cuyos ojos ardientes como tizones encendidos no podían apartarse de ella. Nació en ese instante una fogosa pasión en el pecho del rey, un deseo y una voluntad irrefrenables de poseer el cuerpo y la belleza de Dánae.

Pasado el primer desconcierto, las mujeres saludaron deprisa y se retiraron, avergonzadas por haber sido sorprendidas practicando juegos inapropiados para su edad y condición. Perseo y sus amigos, en cambio, sin dar importancia a

ese suceso, rodearon enseguida al rey Polidectes y lo invitaron a observar cómo lanzaban los discos y quién lo hacía más lejos. Mucho más lejos que cualquiera de los discos estaban los pensamientos del rey. Sus ojos, que pocas veces se fijaban en Perseo, ahora descubrían en él un reflejo de su madre. Como ella, el muchacho era alto y esbelto, bien proporcionado, ágil. El color del pelo era el mismo. Quizá Dánae, cuando se lo destrenzara, lo tendría igual de ondulado; una cabellera digna de la más bella diosa del Olimpo, en la cual estaba deseando hundir los dedos.

Aquella misma tarde, ya desierta la playa, Polidectes aún la recorría con andar calmo y la cabeza echada hacia atrás, mirando las nubes. Se esforzaba en discurrir cómo satisfacer sus pretensiones, conseguir meterse en el lecho de Dánae. Según sabía, ella y su hijo dormían en una habitación con puerta exterior, aneja a la casa de Dictis. Ese debía ser, por fuerza, el escenario de sus amores. Imposible mientras permaneciera allí Perseo. Urgía, pues, librarse del muchacho.

◇◇◇

Dictis observó que su hermano, el rey, empezaba a distinguir a Perseo invitándolo a reuniones con enviados de otras ciudades, audiencias y banquetes. Aprobaba que el hijo de Dánae adquiriese una educación palaciega, pues, según las noticias que llegaban a Serifos, el rey Acrisio de Argos no tenía hijos. A su muerte, su nieto debería reclamar el trono. Pero que Polidectes lo colmara de obsequios, un día una copa, otro un cuchillo de caza o una clámide nueva; que lo sentara a su diestra y afirmara que no existía un guerrero tan excelente como él, una mente tan sagaz, un joven tan leal y

dispuesto a darlo todo por su rey, le causaba desazón. Más propio de su hermano era agasajar a personas con fortuna de las que pudiera obtener riquezas y ventajas. Temiendo que tal conducta encubriese algún propósito oculto, Dictis advirtió al muchacho un día que salieron a pescar. Sin embargo, su paternal llamada a la prudencia no obtuvo fruto. Perseo, halagado por el favor del monarca, se consideraba merecedor de todos sus elogios y regalos. Incluso muchas personas lo trataban con mayor respeto, dijo. Y eso era bueno.

La fiesta en honor a Démeter, protectora de las semillas y las cosechas, portadora de las amapolas, se celebró al llegar la primavera. El santuario de los dioses olímpicos, en la cúspide de la colina, dominaba una extensa vista sobre Serifos y el mar. Era el lugar más sagrado de la isla. Dentro del recinto sacro, y precedidos de una amplia explanada, se levantaban los altares y el magnífico templo de doce columnas. Todo estaba adornado con guirnaldas de cintas y hojas, incluidas las mesas del banquete. Una vez realizado el solemne sacrificio, los hombres se sentaron y se sirvió la carne. El rey ofreció a Perseo los bocados más selectos, se preocupó de que no faltara vino en su copa ni en sus oídos los elogios. Al terminar la comida se entabló una discusión sobre quién conocía la historia más extraordinaria o más espeluznante. Cada cual contó su preferida. Cuando todos acabaron, el rey Polidectes llamó a un viejo rapsoda y le pidió que relatara la que él considerase más terrible.

Habló entonces el anciano de una doncella llamada Medusa. Era una de las más hermosas que se hubieran mirado nunca en el espejo del mar, pues era hija de Forcis y Ceto, dos de las divinidades marinas concebidas por la madre Gea.

De todas sus hermanas —las grayas y las gorgonas—, no solo era la única con forma plenamente humana, sino la única mortal. De piel blanca y ojos inmensos, el mayor don que le había otorgado la naturaleza era su cabellera negra, fina y abundante. Le llegaba por debajo de la cintura y con frecuencia se la peinaba, colocándola sobre un hombro, sentada en una roca junto al agua. Allí, para su desdicha, la vio un día el dios Poseidón y la deseó. Pero Medusa ya se dirigía al templo de Atenea, de la que era sacerdotisa, y se adentraba entre sus erguidas columnas. Hasta la celda de la diosa llegó el dios del mar, en forma de una inmensa ola, y violó a la muchacha. Atenea se cubrió los ojos para no ver en su propia casa una ofensa semejante; cuando el dios se retiró, descargó su ira sobre Medusa. Para que jamás volviera a repetirse un hecho parecido, transformó sus cabellos en serpientes, hizo que le brotaran garras de las manos y de la boca afilados colmillos que la asemejase a sus dos hermanas gorgonas y, lo que fue peor: otorgó a sus ojos, antes bellísimos, la cualidad de transformar en dura roca a todo aquel que se atreviese a mirarlos. Así, ningún mortal avisado se aventuraba cerca de su guarida en el extremo occidente, no solo por lo horrendo de su visión, sino para evitar convertirse en piedra.

Sobrecogidos y mudos quedaron los comensales por este relato que era, con mucho, el más terrible de los que allí se habían contado. Para alejar de sus mentes una imagen tan funesta, Dictis rogó al rey que mandara traer más vino y música. Se rompió el hechizo, cantó el líquido al caer en las copas y, cuando estuvieron llenas, Polidectes pidió silencio, pues quería dar una noticia importante. Era ya el momento de anteponer sus obligaciones monárquicas a su dolor y así

era preciso abandonar el luto por su difunta esposa y contraer nuevas nupcias. Tras mucha reflexión, había decidido pedir en matrimonio a la princesa Hipodamía y para lograr su mano necesitaba la ayuda de todos. Los requería, pues, para que cada cual le ofreciera regalos con que obsequiar a la futura novia y obtener de ese modo su beneplácito y el de su padre.

Con gran alboroto brindaron y se ofrecieron los muchachos a entregarle caballos, pues la velocidad y fortaleza de las yeguadas de Serifos eran famosas y muy apreciadas. Perseo, turbado, callaba, pues no poseía caballos ni ningún otro bien de valor. Ante su silencio, Polidectes giró la cabeza para mirarlo con las cejas levantadas y una sonrisa, abrió los brazos y encogió los hombros como preguntándole qué le ofrecía él. Enrojeció el hijo de Zeus, más obligado que los demás por la benevolencia y los dones que recibía del monarca. Los comensales observaban la escena con curiosidad, esperando que el muchacho respondiera con balbuceos o cualquier excusa. Perseo, sin embargo, discurría cómo salvar su honor.

—Por ti estoy dispuesto a todo, rey Polidectes —exclamó al fin—. Incluso a traerte la cabeza de Medusa.

El rey asintió complacido y levantó su copa para brindar por un regalo tan singular. De haberse fijado Perseo en el espanto de sus amigos, en los ojos horrorizados de los invitados, habría sabido que lo daban ya por muerto.

3

En cumplimiento de la palabra dada

Sentado en el lecho del modesto cuarto que compartía con Dánae, Perseo veló toda la noche. A la luz de la antorcha contemplaba el plácido sueño de su madre, de quien se habría de despedir quizá para siempre. Apenas ella abrió los ojos y se incorporó en el camastro, el muchacho se arrodilló a sus pies. Había dado su palabra al rey Polidectes de traerle, como regalo de bodas, la cabeza del monstruo más espantoso y temible, pero no debía preocuparse por él. La dejaba en Serifos y lo hacía tranquilo, sabiéndola a salvo y protegida por Dictis y Ea. De los ojos de Dánae brotaron silenciosas lágrimas. Su amor materno le pedía protestar, disuadirlo alegando su juventud y los enormes peligros de esa empresa. No lo hizo. Acarició los rubios cabellos de Perseo, le cogió el rostro con ambas manos y se lo levantó para mirarlo a los ojos. Nadie mejor que ella conocía los giros del destino, le dijo. Era fundamental que

tuviese confianza en sus capacidades y en su propio valor, que era mucho. Y puesto que él era hijo de Zeus, lo más recomendable y oportuno era solicitar la ayuda de sus hermanos inmortales.

Animado por el consejo que le había dado su madre, al amanecer Perseo regresó al santuario de los dioses olímpicos y sacrificó un cordero ante el altar de Atenea. Invocó el vínculo fraterno que los unía y solicitó su socorro pues, siendo grande el mal que infligía la gorgona Medusa a los seres vivientes y tan odioso el agravio cometido cuando aún era su sacerdotisa, su muerte era justa. Con su ayuda, él estaba dispuesto a dársela. Tras este ofrecimiento, desolló y troceó la víctima, puso a cocer la grasa y las entrañas destinadas a la diosa a un lado, y la carne que había de consumir él, en otro. Comió luego su parte, extendió su clámide en el suelo, al pie del altar, y se tumbó sobre ella, sumiéndose en un profundo sopor. De entre las brumas del sueño surgió la diosa Atenea, armada y cubierta con la égida, la coraza de piel de cabra que le protegía los hombros y el pecho, y le habló. Podía contar con su apoyo; su hermano Hermes, por su parte, le tenía reservada una espada curva, de agudísimo acero, que, junto con otras armas extraordinarias que le serían de crucial ayuda, guardaban las ninfas. A su morada, cuya situación bien pocos conocían, debía acudir antes de enfrentarse a la gorgona. Con estas promesas, su imagen se desvaneció.

Dictis esperaba al muchacho en la puerta de su casa, donde tantas veces lo había tenido en brazos. Pensaba que los pies de Perseo solo conocían las áridas lomas de Serifos, un pedazo de tierra tan exiguo que podía recorrerse de

oriente a poniente en una mañana; jamás había estado solo o separado de su madre en sus dieciséis años de vida. Era un muchacho inexperto —ni siquiera le sombreaba el rostro un esbozo de barba— y para algunas tareas, desmañado. Y, sin embargo, tenía coraje, inventiva y determinación. Después del ofrecimiento en el banquete y la turbación que provocó entre la concurrencia, no se le borró la sonrisa de los labios y respondía, alegre, a las palmadas que le daban sus amigos en la espalda.

Fue al encuentro de Perseo cuando lo vio descender por la senda, los cabellos rizados ondeando a la brisa de la mañana. Su paso firme, decidido, contrastaba con un cuerpo inmaduro. En la serenidad de sus ojos advirtió su entereza; emanaba de ellos una fuerza poderosa que pugnaba por salir. Lo abrazó conmovido. Entraron en el salón de la casa, hizo llamar a su esposa y a Dánae y, en presencia de ambas mujeres, descolgó de la pared el escudo que había pertenecido a su padre. Se lo entregó a Perseo con una condición: debía devolvérselo él mismo y en esa misma estancia. El muchacho sonrió y pidió que no quitasen los clavos que lo sujetaban, porque en unos cuantos días volvería a colgarlo de nuevo. Salieron a la puerta para admirarlo en detalle. Era un escudo espléndido. Redondo y completamente liso en el centro, el borde exterior iba adornado con una orla bellísima, toda ella labrada con escenas de la lucha de los dioses olímpicos contra los titanes. Tan bruñido estaba el bronce que el sol hacía relampaguear los rayos enarbolados por Zeus. Maravillado y agradecido, y aunque pesaba demasiado para que lo sostuvieran sus jóvenes músculos, Perseo lo embrazó. Decidió que partiría al día siguiente y

el propio Dictis se ofreció a llevarlo con su embarcación a tierra firme, a la punta del Ática.

◇◇◇

Cruzó Perseo mares y montañas, islas, secarrales pedregosos, tierras de cultivo y de pastos. Al llegar a una aldea o encontrar un grupo de pastores, indagaba sobre quién era el más sabio entre los suyos e iba a verlo. A todos preguntaba lo mismo: si conocían el lugar donde moraban las ninfas y, al ser interrogado a su vez por los motivos de su búsqueda, explicaba que debía visitarlas antes de enfrentarse a la gorgona. Muchos admiraban su arrojo, otros se espantaban y todos respondían señalando, con gesto impreciso, en una u otra dirección. Cuando le brindaban el amparo de un techo y un plato de coles, él comía con gratitud y la cabeza gacha y, para corresponder a la hospitalidad, al día siguiente cazaba un conejo, pescaba un pez de río o, durante unas jornadas, ayudaba en las tareas del campo o la atención de los animales. A fuerza de segar la mies bajo un sol cegador, desgranar espigas, manejar un arado, sembrar, recolectar aceitunas y esquilar ovejas por toda la Hélade y sus confines, más parecía un curtido campesino que el nieto de un rey. Así pasó la primavera y el verano; el invierno llegaba a su fin y su búsqueda resultaba infructuosa.

Hasta entonces había rehuido adentrarse en zonas desérticas, mas su fracaso lo obligó a reflexionar. Decidió dirigirse al norte. Con pellejos de liebre se confeccionó una capa, reforzó las sandalias y cruzó una cordillera helada e inhóspita, donde no había huertos, ni caminos, ni un poblado o un

cobertizo de pastores para guarecerse del frío y la oscuridad. De noche prendía la lumbre y se acurrucaba junto a ella, la cabeza apoyada sobre el escudo, el zurrón casi vacío apretado contra el pecho, los ojos abiertos, vigilantes. Al menor ruido, se levantaba de un salto y empuñaba uno de los troncos ardientes para defenderse de una alimaña o del miedo a las sombras. Le temblaba el brazo, el corazón le latía deprisa. Las fuerzas que había ganado con las labores campesinas las iba perdiendo. De seguir sin dormir ni comer lo necesario, moriría antes siquiera de enfrentarse a Medusa.

Salvada la cadena montañosa, llegó una tarde al borde de una selva extensísima cuya espesura infundía terror. No le quedaba nada comestible. Recogió y masticó algunas hierbas para engañar el hambre, encendió el fuego y apoyó la espalda en un roble. Una noche más sin abrigo, sin comida, alerta. El cansancio y la debilidad, sin embargo, le cerraron los ojos. De pronto, lo despertó un revuelo de alas, un chillido y un golpe seco en el suelo. Silencio. Perseo, que por instinto se había protegido la cara con el brazo, se descubrió poco a poco. Una rata yacía entre la hoguera y sus pies. La miraba estupefacto, cuando desde el aire cayó otra. Alzó la vista. En la oscuridad destellaban unos ojos redondos, estáticos, brillantes por el reflejo de la lumbre y rodeados de blanquísimas plumas. Reconoció a la lechuza, el ave sacra de su hermana Atenea. Enseguida repartió el botín: una de las presas la cortó por la mitad y la dejó para alimento de la sabia cazadora; desolló el resto, ensartó los trozos en un espetón y los asó en las brasas, dejando las pieles y los huesos como ofrenda a Atenea. Se sumió luego en un sueño profundo.

Al amanecer, la lechuza seguía en la misma rama. Perseo cargó sobre su espalda el escudo y el zurrón, el ave desplegó sus alas delante de él y lo condujo a través del bosque. El muchacho la observó cazar en la oscuridad y, al tercer día, aplicó su misma táctica: se quedaba tan inmóvil como una piedra y esperaba hasta que algún animalillo en busca de alimento se acercase lo suficiente. La noche era una buena aliada si sabía utilizarla en su favor. Tras dieciocho jornadas vislumbró, una mañana, el final de la selva. Con un último aleteo, la lechuza desapareció entre los árboles.

El muchacho cruzó la linde y se encontró en una extensa planicie herbosa, un mar de olas verdes, agitadas por la brisa, que se perdía en el horizonte. Y más cerca, a su derecha, una cabaña de troncos y adobe con el tejado de paja. En la parte delantera una anciana ordeñaba una oveja. No se veía a nadie más. Perseo llamó su atención con un silbido y se le acercó. Ella lo escrutó largo tiempo, le advirtió que sus músculos le servirían de poco mientras siguiera flaco como un palo y le ofreció alojamiento y comida. Entre las paredes caldeadas por el fuego del hogar, su cuenco de sopa en las manos y la voz amigable de la vieja pastora, Perseo sintió la mordedura de la añoranza. Hablaron largamente. El muchacho le confió que llevaba casi un año buscando la morada de las ninfas sin hallarla y sin encontrar a nadie que pudiera darle una indicación precisa. La anciana movió la cabeza.

—Solo hay tres personas en el mundo que lo sepan —dijo—, y esas son las hermanas grayas. Pero, salvo que las venzas por la astucia, no te lo dirán.

Supo entonces Perseo que las grayas eran hermanas de las gorgonas, aunque en nada se les asemejaban: habían nacido ya viejas, disponían de un solo ojo y un solo diente que debían compartir por fuerza entre las tres y vivían en el fondo de una cueva donde no llegaba la luz. Esa caverna, le informó la anciana, no estaba lejos: siguiendo por la llanura hacia occidente durante once jornadas, encontraría una montaña de dos picos. Pues entre ambos, en su ladera oriental, tenían las grayas su guarida. Convenció al muchacho de que repusiera fuerzas en su casa durante unos días antes de partir y, como último consejo cuando se despedían, le recomendó que nunca dijese en voz alta sus propósitos, pues las palabras pronunciadas pueden llegar a oídos divinos y ofender a algún dios.

◇◇◇

Por fin, bajo un cielo de tormenta, apareció en el horizonte, oscura y áspera, la montaña buscada. La niebla descendía desde la cima con formas cambiantes. Ora parecía una serpiente, ora los dedos de un gigante que quisiera agarrar el monte y arrancarlo de cuajo. Un bosque de pino negro tapizaba las laderas. Todo era oscuridad y enigma. Con espíritu lúgubre se acercaba Perseo. Echaba de menos su manto de liebre, que había dejado como regalo a la anciana, pues un viento gélido le laceraba la piel. Cuando estuvo más cerca vislumbró, a mitad de la escarpa, una boca negra, como entreabierta y erizada de dientes, y supo que había encontrado la guarida de las grayas. Ascendió con esfuerzo, no sin un escalofrío salvó la barrera de rocas agudas como espadas y se encontró dentro de una gruta. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, invocó a su protectora Atenea, sabia en estrategias, a fin de que le inspirase la más adecuada para vencer la resistencia de las tres hermanas.

El interior de la caverna tenía las paredes ennegrecidas por el humo y restos de fogatas en el centro. La examinó con cuidado. Ni rastro de las viejas. Desalentado, se sentó. Apoyado en la pared, estiró las piernas y se las cubrió con la clámide. La prenda empezó a agitarse, movida por una corriente. Se inclinó para buscar el origen, notó que salía de detrás de una piedra y la apartó. El agujero parecía la entrada de una madriguera. Se arrodilló para conseguir entrar en él pero, una vez en el pasadizo, pudo ponerse de pie. Todo era negro en aquella atmósfera espesa y maloliente. Avanzaba paso a paso, palpando las paredes con manos temblorosas. Las rocas rezumaban humedad y tan pronto tocaba bordes afilados que le herían las palmas, como inmundas jorobas viscosas de las que apartaba las manos por instinto y le hacían tambalearse. A veces el pelo se le enganchaba en los salientes del techo y el tirón le provocaba un escalofrío de terror. Solo oía su propia respiración acelerada, jadeante. Se asfixiaba. Un zumbido le martirizaba los oídos y el suelo parecía hundirse bajo sus pies. Solo el recuerdo de su madre y la voluntad de mantener su honor le infundían fuerzas para seguir. Al final de un tramo descendente distinguió cierto claror rojizo y oyó el parloteo de unas voces viejas y quebradas. El angosto camino desembocaba en una cueva de pequeñas dimensiones.

Se tumbó en el suelo y de este modo asomó la cabeza. Largos mechones grisáceos, apelmazados como la lana antes de ser cardada, se esparcían por una espalda gibosa. Su dueña se inclinaba hacia delante y removía un caldero que bullía sobre las brasas de un hogar. Frente a él, dos rostros ciegos, arrugados y leñosos como dos nueces, se alzaban hacia el techo y con la nariz fruncida olisqueaban el humo que salía del

guiso. Una de las ancianas se rio, y su boca desdentada parecía una cueva más horrorosa aún que aquella en la que estaban. Le dio un codazo a su hermana y le pidió que le pasara el diente, pues tenía hambre y le apetecía probar la comida. La tercera respondió que lo estaba removiendo ella y podía asegurar que le faltaba un poco. Siguió una discusión sobre cuál de ellas debía catarlo primero y gritaron todas a la vez.

Perseo comprendió que debía aprovechar la disputa e ideó un plan. La anciana que le daba la espalda era la que tenía el ojo en esos momentos. Con gran sigilo entró en la cueva, se colocó detrás de ella y esperó.

—¡Devuélveme el ojo, Pefredo! Hay que avivar la lumbre —dijo una de las hermanas extendiendo hacia esta su mano ahuecada.

Perseo colocó la palma de la suya un poco más arriba y en ella le fue depositado el ojo. Cerró el puño, se retiró al pasaje de entrada y aguardó a que las viejas se dieran cuenta.

—¿Qué estás esperando? ¡Date prisa!

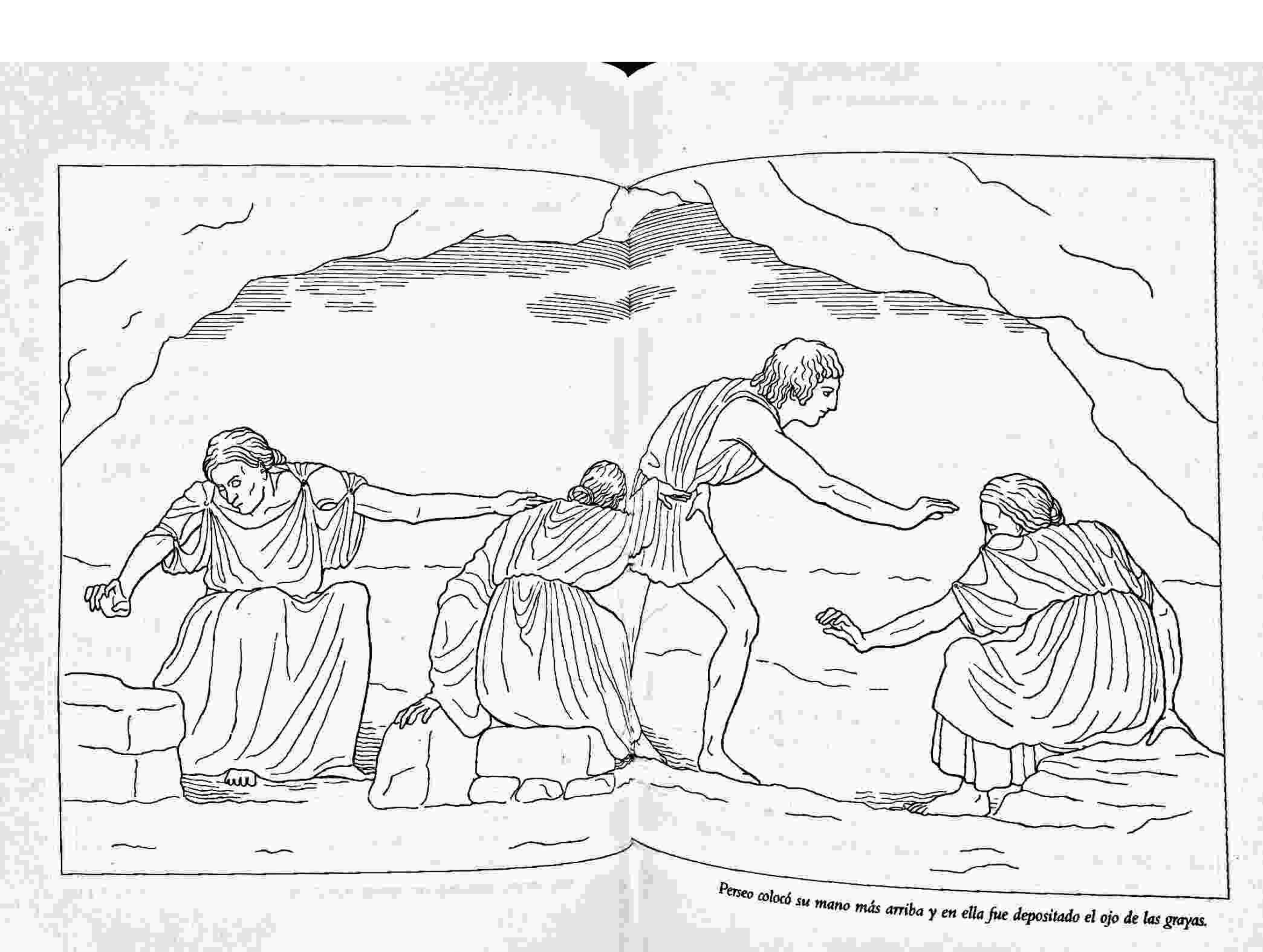
—Te lo acabo de dar. ¡A ver qué has hecho con él! ¿Lo has cogido tú, Enio?

—Yo no lo tengo.

Pronto el griterío entre ellas subió de tono. Cada hermana acusaba a las demás de no querer entregarle el ojo o de haberlo escondido y, a ciegas como estaban, se palpaban la frente unas a otras por si alguna mentía.

—Vuestro ojo lo tengo yo. No os lo devolveré hasta que me contestéis a la pregunta que estoy a punto de haceros —intervino Perseo.

Enmudecieron al oír aquella voz inesperada y luego, indignadas, cubrieron de insultos al ladrón. Se levantaron con



Perseo colocó su mano más arriba y en ella fue depositado el ojo de las grayas.

dificultad y con gritos y a tientas trataban de atrapar al muchacho, pero sus brazos abrazaban el aire, se golpeaban con las paredes o tropezaban entre ellas y caían al suelo.

Pasó largo rato hasta que comprendieron que no podrían recuperar el ojo por sí solas. Se sentaron de nuevo resoplando. Responderían a su pregunta.

—Habéis tomado una sabia decisión —dijo Perseo manteniéndose fuera de su alcance—. Quiero que me digáis dónde se encuentra la morada de las ninfas.

—¡Imposible! —gritaron a coro las tres—. ¡No lo sabemos!

—Adiós, venerables ancianas.

—¡Espera, espera! ¿Tú recuerdas dónde está, Pefredo? ¿Y tú, Dino? —Las aludidas negaban con la cabeza.

—Me apena que tengáis tan mala memoria. El buitre que he visto ahí afuera seguro que se alegrará. Me llevo el ojo.

—¡No te vayas! ¡Te lo diremos! —gritó Dino, tirando con desesperación de las ropas de sus hermanas.

—La morada de las ninfas está aquí cerca —dijo por fin Enio de mala gana, avanzando hacia la voz de Perseo—. Al otro lado de este monte encontrarás un bosque de robles y abedules. En él hay un lago y en este una isla. Allí viven. Y ahora, danos nuestro ojo y márchate.

Perseo tuvo la precaución de meterse en el pasadizo y ascender un buen tramo antes de devolverles, haciéndolo rodar por el suelo, el ojo que les había arrebatado.

⋄⋄⋄

A toda prisa Perseo bajó de la gruta y rodeó el pie de la montaña de las grayas para llegar a la vertiente opuesta. Si, en los últimos meses, más de una vez había temido fracasar en su misión, ahora que había vencido su miedo a los espacios angostos y burlado a las hermanas viejas de Medusa, estaba ufano. No se equivocaba el rey Polidectes al considerarlo el mejor de sus hombres. Espoleado por tales pensamientos, buscó el bosque de robles y abedules en cuya espesura se hallaba el lago con la isla de las ninfas. Por fin dio con él. Mas si un rayo lo hubiera golpeado en pleno pecho, no habría quedado tan abatido. De las aguas transparentes emergía un altísimo peñasco gris, sobrevolado por un aguilucho. Sus paredes estaban tan pulidas como su propio escudo y no se discernía, a ras de agua, ni una pequeña playa, ni un hueco donde cupieran los dedos, ni una grieta a la que poder agarrarse para trepar.

Se instaló al pie de un abedul. Observaba a todas horas la isla, pero allí solo llegaban las aves. No encontraba el modo de acceder a ella. Para no desesperarse, al anochecer se ejercitaba corriendo, trepaba a los árboles, cazaba. Al cabo de unos días, dos pastores con un rebaño de cabras penetraron en el bosque y, gratamente sorprendidos por encontrar allí a un joven tan fornido y saludable, acamparon al lado. Por las noches se juntaban los tres en torno al fuego y charlaban de sus vidas y de sus patrias. Uno de ellos le contó muchas de las historias narradas en la bóveda celeste, pues cada estrella y cada constelación tenía su nombre y su razón de ser. Así, el cazador Orión, que suscitó los celos de Apolo al pretender a Ártemis; o las brillantes Pléyades, una de las cuales, la bella y tímida Maya, alumbró al dios Hermes, el mensajero de los dioses. Perseo aprendió a reconocerlas y, a través de ellas, a orientarse en el cielo nocturno. Por fin los pastores se despidieron. Antes de marcharse, ofrecieron un sacrificio a Hermes para que

protegiera su rebaño y guiase su camino, pues nada consigue el hombre sin el amparo de los dioses. Al oír estas palabras, Perseo sintió una punzada de dolor, una aflicción luminosa: había sido ingrato y petulante al atribuir sus logros a sí mismo, y no a la ayuda divina. Una impiedad que debía reparar cuanto antes.

Buscó víctimas propiciatorias. Encontró una tortuga y una serpiente, gratas a Hermes y a Atenea, y sobre una piedra plana las sacrificó a sus respectivos dioses e imploró su ayuda. A la noche siguiente, mientras contemplaba el cielo, la estrella Sirio destelló con una fuerza inusitada y, como una lanza de luz, señaló la cima de la isla. Excitado, Perseo se puso en pie. La claridad estelar rendía visible un camino casi transparente que, desde la cumbre, trazaba un gran arco por encima del lago y la unía a la montaña de las grayas. Cogió su escudo y su zurrón y siguió la estela luminosa hasta encontrar el punto exacto del monte donde comenzaba aquel pasaje aéreo. Allí se detuvo a esperar la llegada del día, pues la aurora robaba ya la luz a las estrellas.

Cuando se decidió a cruzarlo, los rayos del sol atravesaban aquel camino sutil como si no existiera, pues era de cristal de roca purísimo, casi transparente. El arco parecía flotar en el aire, no se veía el final de aquella estrechísima senda en la que no cabían juntos los dos pies. Perseo comprendió que lo angosto no era solo lo que constreñía por todas partes, sino también lo expuesto a todos los vientos, pues no tenía nada a lo que asirse salvo a su propia determinación. Avanzó un pie, y luego el otro y sus ojos evitaban mirar más abajo de sus propias sandalias, pues en el fondo se abría un abismo erizado de rocas afiladas en las cuales quedaría ensartado si caía. Con

tanta prudencia como miedo y audacia recorrió el trecho hasta el islote. Una vez alcanzado este, volvió la vista para mirar la peligrosa ruta, pero su transparencia la hacía ya invisible.

En cambio, el panorama que tenía ante sí lo aturdió por su belleza exquisita. Estaba en la ladera de un ameno valle rodeado por los altos peñascos que constituían la isla. Una fuente cristalina brotaba de una roca y se precipitaba, cantando, sobre un remanso a sus pies. Allí los chopos, los fresnos y los sauces recibían sus salpicaduras y perfumaban el aire; los gorriones picoteaban en el prado; las laboriosas abejas zumbaban entre las rosas, las violetas y los capullos de las parras silvestres. Formó una bocina con las manos y llamó. No obtuvo respuesta. Sofocado por el esfuerzo, se despojó de sus ropas y su calzado y se metió en el agua.

Disfrutaba del frescor y el sosiego del remanso, cuando oyó unas risas. Levantó la cabeza y miró a todas partes. Nadie. Una risa más cerca, a sus espaldas, y la impresión de que una mano le acariciaba el cabello. Se le erizó el vello de la nuca cuando una voz cantarina le susurró al oído que era un muchacho hermoso y deseable. Un roce ligero y leve, como el de una pluma, dibujó el contorno de sus hombros y le presionó los labios. Perseo, confundido y embriagado de placer, sintió despertar su cuerpo. Abandonó el agua y se tendió sobre la hierba de la orilla, pleno de virilidad. Con voz ardiente llamaba a su lado a las ninfas y les pedía que se dejaran ver. Todo permanecía quieto y en silencio. Poco después le llegó, con la brisa, una voz clara. Tenían órdenes del dios Hermes de entregarle ciertos objetos, lo que harían al amanecer del día siguiente. Entretanto, le aconsejaban comer y descansar. Sobre la hierba aparecieron fuentes repletas de suculentos manjares.

4

La conquista del trofeo

Perseo abrió los ojos cuando la aurora se zambulló en el remanso y devolvió el color a la isla de las ninfas. Aspiró una bocanada de aquel aire vivificante, el más puro y perfumado que hubiera respirado jamás. En su cuerpo no quedaba rastro de cansancio y al ponerse en pie se notó ligero, liviano como una pluma. Con cierta alarma se miró y se palpó los brazos, las piernas, el pecho. Sus músculos seguían ahí, tan firmes y poderosos como la víspera. Se pasó los dedos por el mentón, áspero al tacto por la barba incipiente. Un reflejo destelló en el estanque mientras se lavaba la cara y las manos y acudió a ver qué era.

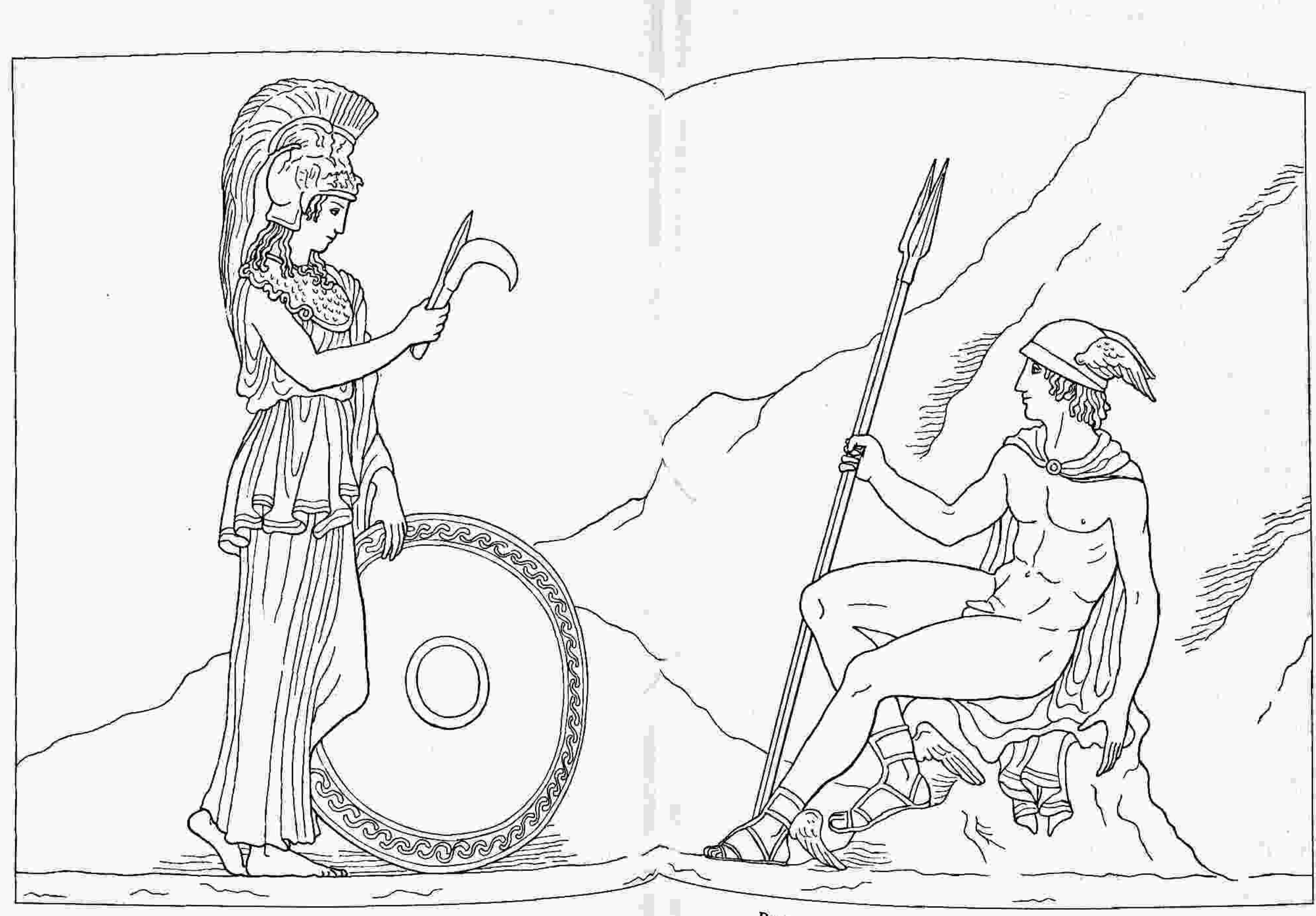
Bajo las ramas de un chopo fulguraba el filo de una espada. Su hoja curva era de acero purísimo y se insertaba en una empuñadura de bronce. La blandió en el aire y su brazo se cargó de energía. Al lado estaba la vaina con su tahalí de cuero para colgarla y, junto a ella, un casco de bronce con nubes

grabadas. Al instante reconoció que era el casco de Hades, el mismo que los cíclopes entregaron al dios para que, haciéndose invisible, combatiera con los olímpicos contra sus enemigos, los titanes. Examinó luego, desconcertado, un zurrón hecho de anillas de plata y rematado con flecos de oro, tan grande que, de colocárselo a la espalda, se la cubriría entera: era la *kibisis*, confeccionada a propósito por las propias ninfas y cuya utilidad no tardaría en descubrir, según le dijo una voz susurrante. El joven dio las gracias y ya sus ojos se fijaban en unas sandalias de cuero. No eran muy diferentes de las suyas, salvo por un detalle: los anchos talones estaban decorados, a ambos lados, por unos manojos de plumas níveas.

Juntó los regalos con sus otras pertenencias y se preparó para viajar hacia la guarida de las tres hermanas gorgonas. Estaba a punto de calzarse cuando la voz de la ninfa le aconsejó que no lo hiciera hasta estar equipado por completo. Descalzo, pues, se colgó a la espalda la *kibisis* y el tahalí con la espada, con ambas manos se ajustó a la cabeza el casco de Hades; al instante, su cuerpo quedó envuelto en nubes oscuras que lo ocultaban a la vista, y pasó el brazo izquierdo por la abrazadera del escudo, de modo que le quedara libre la mano. Aunque con dificultad, se calzó las sandalias y las ató a sus tobillos. Con el último nudo, las plumas de los talones se desplegaron como las alas de una paloma, con un fuerte rumor comenzaron a batir y despegó del suelo a una velocidad vertiginosa. Perseo movió desesperadamente los brazos para mantenerse en equilibrio mientras seguía subiendo y allá abajo, a sus pies, veía la isla de las ninfas, el lago y el bosque que la rodeaban, el monte de las grayas y la extensa llanura verde donde la choza de la anciana era solo un punto negro.

Lanzó un grito de pánico y de júbilo. Bajaba y subía por el aire, daba vueltas como un molinete; tan pronto enfilaba en dirección al sol como lo dejaba a diestra o a siniestra; sus pies, o, mejor, las poderosas alas blancas de las sandalias que el propio Hermes se calzaba para llevar los mensajes de los dioses se movían por su cuenta, pero no lo dejaban caer. Vagaba así por los aires, invisible a los ojos de todos. Los pastores, al ver aparecer de repente aquella masa de nubes oscuras en un cielo despejado, lo señalaban con el dedo. Y cuando un labrador detuvo los bueyes de su arado para mostrárselas a un niño, Perseo lo apuntó con su dedo también. Al instante las alas tomaron esa dirección y bajaron de altura. Rápidamente Perseo señaló la cumbre de una montaña, lo llevaron hacia allí y entonces probó a posarse en el suelo. No fue muy afortunado la primera vez, en la que casi rodó por el suelo, mas, tras varias tentativas, descubrió que para gobernar las alas solo debía pensar en lo que quería hacer.

Ya más seguro en el aire, emprendió una veloz carrera para adelantar al carro del sol y llegar antes que él al extremo occidente donde se hallaban los campos gorgóneos, así llamados por ser morada de las hermanas gorgonas. Ya en sus inmediaciones, rebajó la altura de su vuelo, pasó rozando un picacho cubierto de nieve y continuó con mucha cautela. Encontró selvas aprisionadas por roquedales, caminos cuya sola visión infundía pánico, pues bordeaban abismos y penetraban en espesos bosques, espeluznantes por los aullidos de las fieras. Un valle escabroso, profundo y seco, cercado por altos peñascos, atrajo su atención. Decidió entonces avanzar a pie. Una roca erguida, no muy alta, resultó ser un pastor con sombrero y cayado. Luego vio la silueta de un toro; un



Perseo reconoció al instante que era el casco de Hades, el que hacía invisible al dios.

asno en marcha y, dos pasos atrás, su dueño, sentado como si aún condujese una carreta. Había llegado.

El saliente de una roca le ofreció refugio y, exhausto, se metió debajo y se liberó de su carga. Los cabellos chorreaban de sudor bajo el casco de Hades y el peso de la espada era tan notable que lo escoraba a un lado. Se tumbó y cerró los ojos. La inquietud lo asaltaba en oleadas que nacían en las plantas de los pies y llegaban a la cabeza dejando un rastro de carne temblorosa. Todo lo acontecido hasta entonces, incluso la voluntad de su abuelo, el rey Acrisio, de hacerlo morir ahogado, eran asuntos nimios en comparación con el reto de enfrentarse a la gorgona Medusa y a sus hermanas. Si su sola visión convertía en piedra a los seres vivos, tendría que acercarse a ellas sin mirarlas. ¿Y cómo sabría cuál de las tres era Medusa, la única mortal? ¿Cómo atinaría a cortarle el cuello?

Cerca de él cantaba un arroyo, el único sonido audible en aquella soledad. Le ardía de sed la garganta. No sin temor cogió el escudo y la espada y, guiándose por el oído, halló la corriente que se deslizaba, resonante, entre pedruscos. Apoyó las armas contra una roca. Había llenado ya el cuenco de las manos para beber, cuando un horrísono graznido lo hizo saltar. Levantó la vista hacia el escudo y, reflejado en su superficie, vio un cuervo en pleno vuelo que, de pronto, como si chocara contra un muro invisible, se detenía y caía en picado, convertido en piedra. De un salto se apartó el héroe y, a un palmo de sus hombros, la roca con las alas extendidas se estrelló contra el agua. Se agachó velozmente y se encogió tras el escudo. Sobre su cabeza zumbó un siseo de sierpes, un crujido de escamas y de lenguas bífidas. El monstruo expelía un hedor espantoso, sus alas de bronce tronaban como

si sacudieran los desperdicios de un herrero. Aguardó a que se restableciera el silencio antes de acercarse de nuevo, tembloroso, al riachuelo. Sobre aquellas piedras que antes fueron gorriones, vencejos y águilas, ofreció una humilde libación de agua a sus deidades protectoras y suplicó su socorro.

De nuevo a resguardo, Perseo reflexionó. Encontrar el cubil de las gorgonas y estudiar el terreno era imprescindible para trazar algún plan. Se caló el casco de Hades para no ser visto y emprendió un vuelo a poca altura, con el oído atento. Peñas altas, enhiestas y recias como columnas para sujetar el cielo surgían sueltas por doquier. Deslizándose entre ellas se acercó a la vertiente oriental del valle, una ladera escarpada. Cerca de la cumbre, precedida de una roca plana que sobresalía respecto a las demás, abría sus fauces una caverna. El sol vespertino la iluminaba de lleno en tanto el pie del peñasco quedaba en sombras. No tardaría el disco solar en hundirse en el extremo océano. Las gorgonas dormirían entonces, confiadas en que el tiempo de descanso y su propia monstruosidad alejarían a los intrusos. Sin embargo, las lechuzas y otras criaturas cazan de noche.

◊◊◊

Esperó a que fuera noche cerrada para, completamente equipado, alcanzar la cima de una peña. Observó el cielo estrellado, buscó la Osa Mayor y, de este modo, supo dónde estaba y hacia dónde debía huir. Una nube se aproximaba a la luna y pronto la ocultaría. Invocó en su pecho, una vez más, a su hermana Atenea y le pidió que mantuviese firme su brazo y lo ayudara a descargar el golpe mortal. Alcanzó con vuelo rápido la entrada de la guarida de las gorgonas y

escrutó el interior desde el umbral. Una luz difusa permitía distinguir una cavidad irregular, con entrantes y salientes, recodos a ambos lados, columnas que flotaban en el aire, pues no tenían base y sus capiteles se difuminaban en la oscuridad. Del suelo, en cambio, surgían en algunas partes estacas afiladas, agudísimas y de diversa altura. Un sonido fino, resonante y grácil, como un goteo, brotaba de las profundidades.

Una vez dentro, Perseo avanzó pegado a la pared. No se atrevía a mirar al frente, sino que dirigía los ojos al suelo y de allí a los lados, pues aunque era invisible a los demás por el casco de Hades, él sí veía y el riesgo de tropezar con el rostro de una gorgona que se le cruzara era enorme y mortal. Al fin, tras superar recodos, salas con columnas y pasajes estrechos, percibió una mayor claridad y, con ella, un fragor metálico y siseos que, amplificados y deformados por la anfractuosidad de la caverna, helaban la sangre. Esperó, sin moverse, a que cesaran los ruidos. Por fin el silencio fue absoluto y reanudó la marcha. Al tercer paso, el pie izquierdo se le hundió en un hueco del suelo, trastabilló y la brusquedad del movimiento hizo entrechocar los flecos de oro de la *kibisis* y su sonido áureo se difundió por el antro como si fueran trompetas.

A toda prisa apoyó el escudo y la espada contra un saliente, se quitó de la espalda la *kibisis* y detuvo el movimiento de los flecos sujetándolos con las manos. Mas ya una barahúnda estallaba en las profundidades de la gruta y pronto retumbaron las columnas y los suelos con el pesado andar de las gorgonas. Ciñó la espalda a la pared y contuvo la respiración, inmóvil. Resuelto a sujetar su miedo y no mirarlas, clavó los ojos en sus propios pies, y se juró no moverlos de ahí. A duras penas cumplió su propio juramento cuando lo

alcanzó un tufo fétido y un sonoro entrechocar de bronce. Sintió cómo se desplazaba el aire con violencia al pasar ante él dos cuerpazos de cuyas bocas salían graznidos rugientes. Debieron de revisar la cueva y poco después, con el mismo estruendo espantoso, regresaron a sus profundidades. Creía pasado el peligro cuando sintió una tercera presencia que avanzaba despacio y se detenía junto a él. No emanaba olor, ni emitía sonidos, ni manifestaba prisa. Se quedó allí, quieta, esperando. El pánico fue tan intenso, que, pese a su propósito, Perseo levantó un poco la vista. Su mirada tropezó con el reflejo de la gorgona sobre su escudo. Sus ojos enormes reverberaban en el bronce como si fueran brasas. De la cabeza brotaba una maraña de serpientes: algunas alargaban los cuellos cobrizos lanzando dentelladas; otras, con ojos de rubí, agitaban en el aire sus lenguas bífidas; amarillas, rosáceas, de diverso grosor y longitud, las escamosas sierpes le caían sobre la espalda y los hombros, sibilantes, retorcidas, vivaces. A excepción de su monstruosa cabeza y su mayor tamaño, en todo lo demás tenía la apariencia de una mujer. Perseo supo que esta era Medusa y experimentó por ella horror y una profunda compasión. Al fin, la única gorgona mortal, la doncella Medusa, volvió sobre sus pasos con el mismo sigilo y se restableció la quietud en la caverna.

La emoción de Perseo era tremenda, tanto por la proximidad turbadora de Medusa, como por un hecho crucial: acababa de descubrir el ardid que necesitaba para darle muerte sin perecer él mismo: mirarla a través del bronce de su escudo. Así pues, en lugar de embrazarlo, como era habitual, lo cogió del asidero con la mano izquierda y lo colocó de tal modo que en él veía reflejada la gruta. Avanzó paso a paso, guián-

dose por el reflejo. Paredes deformadas, huecos como bocas torcidas, cóncavos techos desfilaron por la bruñida superficie. Por fin, en un ensanchamiento, vio tendida en el suelo una figura humana con la cabeza anormalmente grande. Girando el escudo poco a poco, examinó todo el espacio y no vio a las otras dos gorgonas. Apretó con fuerza la empuñadura de su alfanje, pidió a la diosa Atenea que guiara y sostuviera su mano y, con solo tres zancadas sigilosas, se plantó junto al cuerpo de Medusa. También las serpientes dormían desparramadas por el suelo unas, enroscadas sobre sí mismas, otras. Acercó el filo de la espada al blanco cuello de Medusa. Alzó luego el brazo y descargó el golpe mortal.

Bajo el impacto, Medusa abrió la boca y los ojos, desorbitados. Enjambre de escamas y de lenguas, se alzaron, sibilantes, las cabezas de las serpientes, buscando una carne donde clavar sus colmillos cargados de ira y ponzoña. Un doble río de sangre manaba del tajo que separaba la cabeza del cuerpo. Perseo, inmóvil, observaba el reflejo del estrago, la mano diestra empuñando el filo ensangrentado y goteante, atento a cualquier ruido, mientras los reptiles, faltos del fluido vital, comenzaban a doblegar sus cabezas, a derrumbar sus anillos sobre el suelo. Se acordó entonces de la importancia que le otorgaban las ninfas a la *kibisis*. Ahora lo comprendía. Se dijo entonces que tenía que afrontar una acción muy peligrosa: aún sabiendo que las otras dos gorgonas, Esteno y Euríale, estarían durmiendo cerca, debía dejar sus armas en el suelo.

Apretando los ojos, dejó el escudo y la espada a sus pies, se quitó la *kibisis* de la espalda y se agachó para abrirla en el suelo. A tientas, alargó el brazo y, con un estremecimiento, sus dedos se hundieron en el repugnante revoltijo de sierpes



Los dedos de Perseo se hundieron en el repugnante revoltijo de sierpes.

que era la cabellera de Medusa. Agarrándola con fuerza, la metió dentro de la *kibisis* y se la colgó de nuevo a la espalda. Entonces, el cuerpo decapitado produjo un fuerte ruido, como si estallara un borbotón de sangre.

El sonido reverberó en la cueva y despertó a las otras dos gorgonas y, con ellas, un estruendo de metales e inhumanos alaridos. Perseo corrió hacia la salida, pues su pericia con las sandalias aladas no era tanta como para volar seguro dentro de una caverna con estrecheces, recovecos y estacas agudísimas. Pegadas a sus talones, batiendo las alas de bronce y rugiendo de cólera y dolor, lo perseguían Esteno y Euríale. No podía volverse, pero hasta él llegaban sus alientos pestilentes, el rechinar de sus broncíneos colmillos. Temiendo ser arrollado por su ímpetu, se metió en un hueco de la pared cerca ya del umbral y esperó, sin mirar, a que pasaran. Lo hicieron con la fuerza de un ciclón. Aprovechó el momento en que sus ruidos se alejaron para salir, a su vez, y emprender la fuga.

La brisa le acarició la piel cuando alcanzó el roquedal. Buscó una recia columna de roca y se posó a su abrigo. Empapado en sudor, el pecho estaba a punto de reventarle por los latidos y el miedo, el peso de las armas y también, ahora, el de la cabeza de Medusa. Recobraba el aliento cuando zumbó sobre su cabeza el siniestro silbido de serpientes, el estridor de las alas de bronce, inarmónico y salvaje. Por instinto, voló a esconderse en una grieta de la siguiente peña. Las dos gorgonas de cabezas serpentinas cruzaban rápidas el aire y lanzaban manotazos con sus garras broncíneas. Sus rostros y sus ojos giraban en todas direcciones, escrutaban con mirada aguda las piedras y las rocas, el torrente. Una de ellas levantó la cabeza para olfatear y emitió un bramido gutural

y horrísono, espeluznante. Fue directa hacia la grieta que ocultaba a Perseo y este, adivinando por el ruido que había sido descubierto, huyó velozmente. Se deslizaba entre las grandes rocas; trazaba un vuelo rasante o ascendía a las alturas y se arrojaba en picado en busca de otro escondrijo, mas no conseguía despegar de su espalda a las gorgonas. Comprendió, al fin, que aunque el casco de Hades lo rendía invisible, ellas seguían su rastro husmeando la sangre de su hermana. Se hallaba al límite de sus fuerzas. Invocó al Hermes mensajero de los dioses y con la punta del alfanje señaló las estrellas.

Subió y subió tan alto que las gorgonas no pudieron seguirlo. Sin embargo, una vez llegado a la cóncava cúpula celeste, una ráfaga de viento sideral lo arrastró con violencia. Ora lo empujaba hacia la Osa Mayor, ora lo impulsaba hacia la constelación del Cisne; tan pronto disminuía su potencia y lo dejaba caer de repente, como lo alzaba de nuevo en una espiral vertiginosa y, abrazándolo mediante un torbellino, lo lanzaba hacia septentrión. Así era zarandeado de una punta a otra del universo el vencedor de Medusa. Hasta que, a mucha altura sobre las tierras etíopes, la corriente que lo impelía chocó con el viento del este, recién levantado, que se lo arrebató y lo propulsó hasta el extremo occidente, donde, poco a poco, perdió fuerza. Logró entonces Perseo descender lo suficiente para salir de las corrientes estelares y gobernar su rumbo. Reconoció los sombríos territorios cercanos a los campos gorgóneos, cubil de sus mortales enemigas, y se alejó de ellos cuanto pudo, sobrevolando la tierra hacia el sur.

Buscaba desesperadamente refugio cuando un amplio valle llamó su atención. Rebaños de vacas y bueyes dormitaban en extensas praderías; la dulzura y la quietud reinaban en

los campos de cultivo, atravesados por un río que fluía con mansedumbre. A sus orillas, recostado, un gigante se entretenía en contar las estrellas. Aquel era un lugar muy apacible, el que Perseo necesitaba para dormir hasta el día siguiente. Liberándose la cabeza del pesado casco de Hades, se presentó ante él. Con buenas palabras lo saludó, le dijo que era de la estirpe de Zeus y que, tras haber cumplido una gran hazaña, necesitaba descanso. Le pedía permiso para hacerlo en sus tierras. El gigante frunció un ceño ya de por sí temible y levantó un vendaval con sus cabellos al mover en sentido negativo la cabeza. En voz alta respondió que no le interesaban su estirpe ni sus proezas y que prefería morirse antes que dar cobijo a un extranjero. Miró con desprecio a aquel insecto volador y agitó su manaza derecha para espantarlo al tiempo que le exigía a gritos que se marcharse de allí.

Perseo lo esquivó con habilidad, pero agotada toda su energía y falto ya de paciencia para explicarse más, agarró por los cabellos la cabeza de Medusa, voló hasta encontrarse frente a los ojos enfurecidos de aquel coloso y, extendiendo el brazo, se la mostró. En un momento el rostro del gigante quedó petrificado: sus mejillas parecían dos peñascos, la boca, una cueva oscura; los largos cabellos que le cubrían los hombros se ramificaron en hendiduras, valles, hondonadas, sobre la entera extensión de su espalda; el cuerpo quedó tendido, y no hubo cordillera en el mundo cuyas cumbres se asemejasen más a los músculos del pecho, a las anchas caderas y las piernas, a los codos y las manos de roca pura. Mientras esta transformación se operaba, Perseo ya había devuelto su trofeo al interior de la *kibisis*, se tendía en el suelo y reclinaba la cabeza sobre su brillante escudo.

5

El triunfo de Eros

En el extremo opuesto del orbe, el sol nacía en la tierra de los etíopes e iluminaba campos enteros sepultados por un agua gris y fangosa. De ella asomaban, con las cabezas abatidas, las espigas de espelta; los olivos alzaban sus ramas hacia el cielo en busca de socorro; extensos pastizales donde antes pacían las vacadas eran ahora el comedero de buitres y alimoches, que, aún apiñados, resultaban insuficientes para tanta carroña. Un gran monstruo marino embestía las ciudades y se las apropiaba: ahogaba los cultivos, aplastaba poblados enteros con sus coletazos y succionaba con sus enormes fauces troncos y tejados, cosechas, animales domésticos flotando en sus jaulas, ancianos y niños. La desolación más absoluta, y no su monarca Cefeo, reinaba sobre el territorio etíope.

En el palacio de esbeltas columnas del rey Cefeo de Etiopía, el salón del trono estaba atestado de campesinos, pescadores, artesanos y nobles señores, y de todas las gargantas se

levantaba el mismo clamor: por mucho que le pesara a su monarca, el oráculo de Amón había sido claro y era preciso obedecerlo. Que pensase Cefeo en cuántas personas inocentes habían perecido y cuán grande era la ruina del reino. Si no cesaba pronto el castigo del señor de los mares, Poseidón, ¿cómo sobrevivirían el próximo invierno? ¿De dónde sacarían la harina y las hortalizas? ¿De dónde la lana para vestirse o los animales para aplacar con sacrificios a los dioses? Al azote del mar se sumaría la más terrible hambruna. Un rey debía velar por su pueblo y, aunque doloroso, era justo que el hogar causante de tan graves desdichas pagara con su propio sufrimiento. La casa de Cefeo debía expiar su culpa.

No lejos de allí, encerrada en sus aposentos pintados de ocre, la reina Casiopea se mesaba los cabellos. Sus ojos enrojecidos en nada recordaban la belleza del jade con que solían compararlos; el temblor de sus manos le impedía llevarse a la boca la taza con una pócima para tranquilizarla que le suministraba una vieja. Lo que ocurría era culpa de su enorme vanidad, se lamentaba. ¡Que tirasen al pozo más profundo su espejo de plata bruñida! Ella misma debería seguirlo hasta el fondo. Había osado compararse con las nereidas y proclamar que ella era mucho más hermosa. ¡Nunca debería haber dicho esas palabras! Las nereidas, indignadas por su soberbia, habían exigido a Poseidón que le impusiera un castigo ejemplar. Ay, muy ejemplares y dañosos eran los estragos del monstruo marino. Y, para su corazón de madre, aún era más desesperante que el precio a pagar, el único rescate posible recayera sobre su hija, la dulce y tierna Andrómeda. Se retorcía las manos esperando que su marido resistiera a las exigencias de sus súbditos y hallase otra solución.

Mas el rey Cefeo, para su desdicha, no encontraba argumentos que oponer a las razones de los etíopes. Se sentía viejo y desasistido en aquel trono, rodeado y abrumado por la desesperación pintada en los rostros de aquellos hombres, por las palabras de apremio que le susurraba al oído su consejero principal. Buscó con la mirada los ojos de su hermano, Fineo, mucho más joven que él y al que había prometido darle a Andrómeda por esposa. Siendo un hombre fuerte y en lo mejor de la edad, quizá él pudiera encontrar la forma de combatir al monstruo, de impedir que su prometida sufriera un destino tan cruel. Pero Fineo, rehuyendo la mirada de su rey y hermano, miró hacia otro lado y lo dejó sin apoyo ni consuelo. Finalmente, el rey Cefeo levantó ambas manos para imponer silencio a sus súbditos.

—Sea como ha dicho el oráculo de Amón —declaró con voz temblorosa—. Mi hija Andrómeda será expuesta al monstruo para que la devore.

Los presentes aceptaron esta declaración con alivio y, comprendiendo el tormento de aquel padre, bajaron con respeto las cabezas para asistir al siguiente acto del drama, pues el rey pidió que condujeran a Andrómeda a su presencia.

La muchacha entró en el salón palidísima y con los ojos fijos en el suelo. Vestía una túnica blanca, los oscuros cabellos le caían a ambos lados de los hombros y un soplo de viento hubiera podido derribarla, tal era su fragilidad. La seguían la reina Casiopea, su nodriza y las siervas de la casa real. En su presencia, repitió el rey Cefeo la decisión tomada y su inmediato cumplimiento. Un clamor de gritos y llantos retumbó en el palacio. Cayó desvanecida la reina, lloraban sin consuelo las doncellas. Solo Andrómeda, pese a

las piernas temblorosas y los ojos inundados de lágrimas, se mantuvo en pie y en silencio. Su corazón era un tumulto de dolor y de miedo, de aceptación y de rechazo.

Llevada de la mano por su padre, avanzó por los pasillos y los salones que se volvían grises y tétricos al paso de aquella condenada a muerte; dejaron atrás el atrio de altas columnas, cruzaron las calles de la ciudad y sus habitantes, pesarosos, se sumaban a la fúnebre comitiva. De este modo llegaron hasta la orilla del mar. Allí, entre dos farallones grises que penetraban en aguas profundas, se extendía una playa de arena dorada. Se dirigieron a la roca situada más al norte y la víctima, con parte del cortejo, subió hasta un repecho situado frente al mar. Los herreros sacaron las cadenas, con golpes terribles clavaron unos extremos a la piedra y los otros, rematados en argollas, los ciñeron a las muñecas y los tobillos de Andrómeda. Su padre y su madre la abrazaron, mas ella, trémula, miraba sus miembros aprisionados y no despegaba los labios. La dejaron sola.

Los etíopes y sus reyes se quedaron en la playa, esperando a que el monstruo consumara el atroz sacrificio.

◇◇◇

Con la estrella de la mañana se había despertado Perseo en aquella tierra ignota. Pletórico de fuerza y vitalidad, el lecho improvisado en el suelo en el que había dormido le recordó su triunfo sobre las gorgonas. Allí mismo, bajo sus pies, a sus espaldas, en los monumentales riscos, promontorios y crestas que antes que dura piedra fueron la carne de un gigante, se manifestaba la magnitud de su victoria. Tan grande era el poder de Medusa que su sola cabeza, aún separada del cuer-

po, conservaba la potestad de petrificar a los seres vivientes. El joven se estremeció al pensar en el peligro ya superado, en el arma tan poderosa que le regalaría a Polidectes. Este pensamiento lo detuvo y, por primera vez, le suscitó una duda. No le atribuía al rey de Serifos la ambición de conquistar otras ciudades. Y ese horrible despojo no era, desde luego, un obsequio feliz para una novia. ¿Por qué se lo aceptó Polidectes, aún sabiendo el descomunal peligro que habría de afrontar él, entonces un muchacho imberbe? La advertencia de Dictis sobre las intenciones del rey de Serifos resonó en su cabeza. Quizá a Polidectes lo había impulsado un motivo oculto. De ser así, pronto lo averiguaría, pues contaba con llegar a la isla esa misma tarde.

Guardó el casco de Hades en su viejo zurrón y cargó a sus espaldas la *kibisis* con la cabeza de Medusa. Luego, convenientemente armado, batió las veloces alas y puso rumbo a oriente para llegar, cuanto antes, a su hogar. Surcó los cielos de la extensa Libia, tan quemada por el sol ardiente que sus campos no admitían cultivo alguno. Fue entonces cuando, de entre las anillas de plata de la *kibisis*, se deslizaron y cayeron al suelo gotas de sangre de la gorgona. Allí donde caía el líquido purulento, se formaba una mezcla con la arena y el calor le infundía vida: así nacieron y poblaron aquellas tierras los escamosos reptiles. El áspid de rápido ataque, que inocula un sueño mortal con su mordedura, fue el primero en levantar la cabeza. Otras serpientes y víboras ocultan su ponzoña, desde entonces, bajo la arena líbica.

Volaba ya sobre Etiopía cuando empezó a ver inundaciones y campos desolados. Distinguió luego una magnífica ciudad. En su playa, junto a una roca que penetraba en el

mar, se congregaba una muchedumbre. Una figura blanca, quieta como una estatua, destacaba contra la grisura de la roca, a mitad de la escarpa. La curiosidad lo incitó a descender e ir más despacio. Su mirada no halló una dura piedra, como esperaba, sino a una bellísima joven de piel dorada y mórbida. Sus largos cabellos, alborotados por la brisa, lo mismo cubrían que destapaban la curva dulce de sus hombros y uno de sus senos, pues la túnica se le había deslizado por la parte izquierda. Aunque su recato le exigiera taparse, le sería imposible, ya que sus muñecas estaban amarradas por argollas. Toda ella emanaba juventud, pudor y belleza. Aunque no veía su rostro, pues la muchacha miraba hacia el suelo, el dios del amor, el divino Eros, aprisionó el corazón de Perseo con más fuerza que las cadenas que a ella la retenían. Quedó tan enamorado y se sumió en tal embeleso, que se le olvidó batir las alas y a punto estuvo de precipitarse en el mar.

Cuando Andrómeda, al oír el aleteo, levantó la cabeza para mirarlo, sus grandes ojos velados por las lágrimas, sus labios rosados y jugosos acabaron de subyugar al muchacho. Ella se estremeció al ver aquel extraño pájaro y bajó la vista. Se posó, al fin, Perseo frente a ella y le preguntó quién era y por qué estaba encadenada. Andrómeda trataba de ocultar el rostro, por vergüenza, mas la insistencia del joven y el temor a que la creyera culpable de algún horrible crimen la obligaron a responder. Tras explicar los motivos por los que debía satisfacer el apetito de un monstruo, añadió, sonrojándose aún más, que aunque estaba dispuesta al sacrificio por el bien de su patria, temía que el miedo, en el último instante, la incitara a huir. Esa era la razón de las cadenas. Mientras hablaba, se atrevió a mirar dos o tres veces al muchacho volador y también Eros hizo de ella su víctima, pues además de la apostura del joven y el encanto de sus rasgos, Andrómeda vio brillar el amor en sus ojos. De esa mutua contemplación fueron arrancados por la violencia de un movimiento que levantó olas fragorosas y un grito unánime en la playa. El monstruo marino estaba por emerger del agua.

En un instante Perseo desapareció de la roca y se posó en la playa, delante del rey Cefeo y su esposa, Casiopea. Los acompañantes dieron un paso atrás, asustados ante esa criatura desconocida y de una raza nunca vista que, sin embargo, tenía la apariencia de un hombre y sabía hablar. Preguntó el joven al rey si le daría a Andrómeda como esposa en caso de que la rescatase de las garras del monstruo. Cefeo respondió que no habría mejor yerno para él que quien salvara la vida a su hija y que le entregaría un reino como dote. Perseo asintió y se fue con la misma velocidad con que se había presentado.

◇◇◇

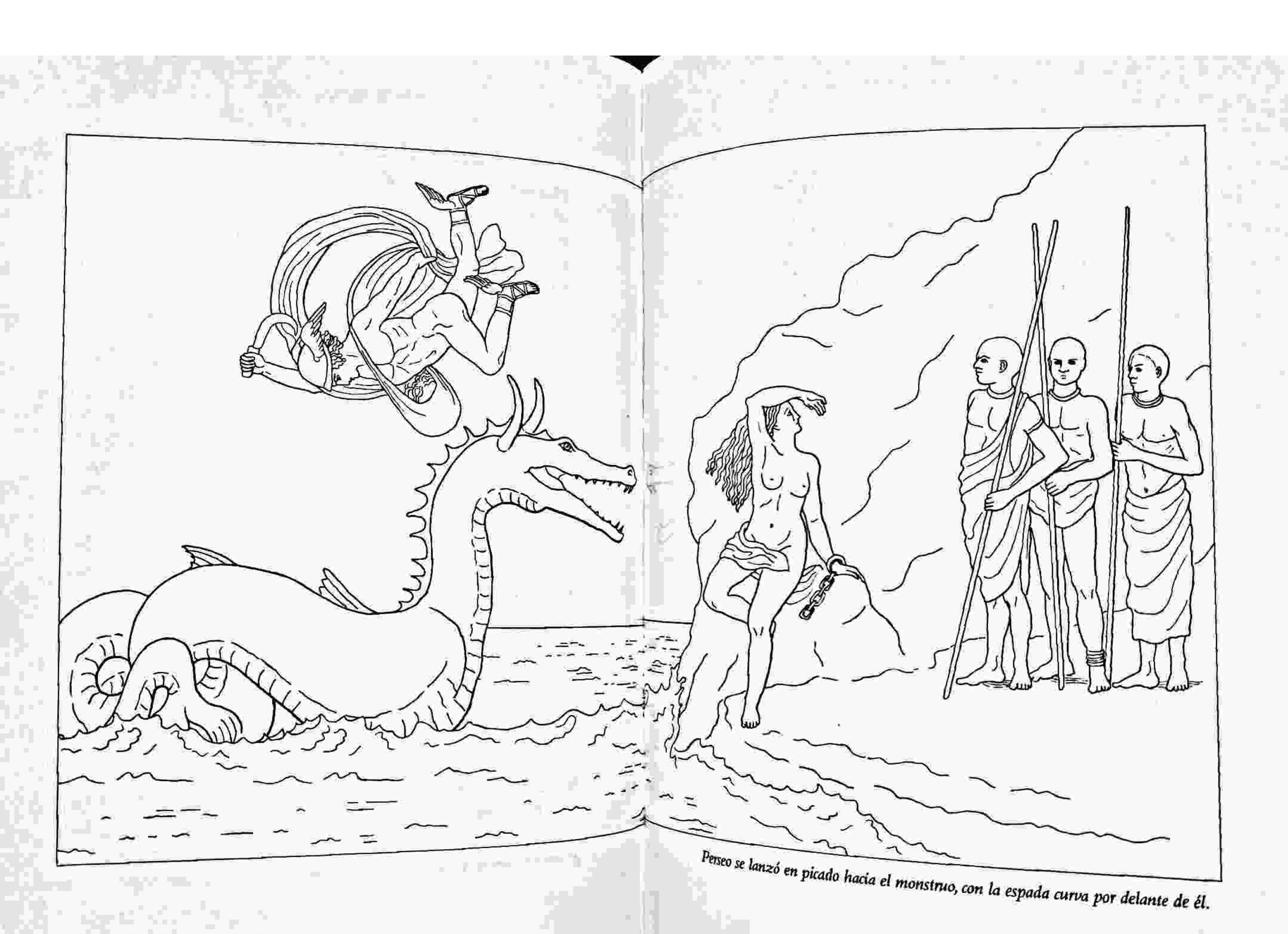
Bramaba el mar. El inmenso lomo de la bestia, recubierto de conchas, escamas y algas, emergía de pronto, se hundía de nuevo y sacaba la cola para, con un brutal coletazo, lanzar al aire columnas de agua y espuma blanca. En torno suyo se formaban oscuros remolinos, altas olas sobre las cuales desplomaba su inmensa mole y las despedía, furibundas, en todas direcciones. Así, mostrando su terrorífico poderío, avanzaba hacia la roca. En su cumbre, Perseo se preparaba para el combate, el más importante de su vida, pues de él dependía la salvación de su amada y la conquista del amor y del lecho nupcial. Invocó al dios Eros, ya que le inspiraba tal

sentimiento, y demandó que el mismo fuego que ardía en su pecho por Andrómeda, diera brío a su brazo y agudeza a su espada. Se encomendó, por último, a sus hermanos inmortales, Hermes y Atenea, y clavó su mirada en el mar rugiente, donde el espantoso oleaje y los vórtices competían con el monstruo en causar horror.

Andrómeda veía avanzar hacia ella el suplicio y la muerte. Aunque hubiera querido cerrar los ojos, no podría dejar de mirar a aquella bestia ni tapar sus oídos al estruendo que acompañaba sus avances. Sujeta a la roca, aguardaba su destino estremecida por un doble pavor: a la fiera y a la muerte de Perseo. Levantó los ojos para mirarlo y hallar en él consuelo y fuerza. Observó cómo este se ajustaba un poco más las sandalias y se erguía después, las piernas firmes y los brazos poderosos sujetando el alfanje y el escudo. En la forma de erguir la cabeza y mantenerla firme en dirección al mar, en la inmovilidad de su cuerpo, solo rota por el ondear de sus cabellos agitados por la brisa, se advertía su absoluta determinación. Y, sin embargo, en relación con el monstruo era diminuto, una mosca contra la testuz de un toro. Pidió protección para él a sus dioses, en especial a Amón. De pronto, a un tiro de piedra, la cabeza del monstruo surgió del agua con una fuerza bestial, las fauces abiertas y armadas de afilados dientes, buscando ya la tierna presa prometida.

Se lanzó en picado Perseo con la espada curva por delante de él, como una avispa presta a clavar su aguijón. Cuando estuvo cerca del monstruo, alzó el brazo hacia la izquierda y, descargándolo con un rápido movimiento de revés, le hizo un tajo profundo entre los ojos. Rugió la bestia, alzó aún más la cabeza y sus potentes mandíbulas lanzaban dentelladas contra el enemigo, pero solo mordía aire, pues el muchacho volaba como un insecto de una parte a la contraria. En el momento oportuno, pasó por encima de la salvaje cabeza y le lanzó otro tajo en la nuca y aún otro en los costillares del lado diestro. Se revolvió aquel coloso que, por la longitud que exhibía, parecía una sierpe marina, echó hacia atrás la frente y dejó su garganta expuesta. Tres sajaduras más le propinó Perseo en esa parte blancuzca, hundiendo la espada hasta el puño. Y a punto estuvo de ser aplastado por el cuerpazo de la fiera que, con un bramido, se dejó caer hacia delante y se hundió en el agua echando por la boca espumarajos de sangre. Se tiñó de rojo el mar mientras Perseo, agitando las alas, lo evadía. Al instante resurgió a su lado la alimaña y de una violenta dentellada casi logra atraparle un pie. El guerrero voló más alto y, pese al peligro de atacar la cola, cuyos movimientos imprevistos tenían una fuerza formidable y podían aplastarlo contra el agua, fue raudo hacia ella y de un solo golpe infligido con todo su ímpetu, le rebanó la doble punta. Cayó esta al mar y levantó una ola gigantesca que empapó de agua y sangre a Perseo. Mas ya el monstruo quedaba sin fuerzas, enrojecían a su alrededor los remolinos, sus mandíbulas apenas se abrían. Su áspero dorso, flotando en la superficie, delataba su pavorosa inmensidad. No dejó de hostigarlo Perseo hasta que cesaron los rugidos, las aguas lo engulleron y el mar se calmó.

Sordo al griterío que se elevaba desde la orilla, el vencedor del monstruo alzó la vista para mirar a Andrómeda y voló hacia ella. Con dulcísimas palabras la llamó esposa suya amada, la prenda más hermosa que hubiera osado soñar. Los profundos ojos de ella brillaban de amor y las lágrimas se



Perseo se lanzó en picado hacia el monstruo, con la espada curva por delante de él.

deslizaban sobre unas mejillas que habían recuperado el color y unos labios sonrientes que llamaban al beso.

◊◊◊

Los etíopes se apartaban para dejar paso, entre aclamaciones, al doble liberador, pues con su hazaña había rescatado a Andrómeda y a todo su pueblo del azote del monstruo. Tras saludar a los reyes y recibir su agradecimiento, Perseo se dirigió, a pie, al otro farallón de la playa donde, junto a la arena y un bosquecillo de miro, brotaba una fuente de agua dulce. A sus pies, las rocas se ahuecaban como una vasija y la recogían en un estanque. Llegado al lugar, Perseo dejó las armas a un lado y se desprendió de la *kibisis*. Con sus propias manos formó un hueco en la arena y lo cubrió con hojas de mirto, algas y tiernos tallos que las olas habían arrastrado hasta la fuente. Extrajo del zurrón de las ninfas la cabeza de Medusa y, con sumo cuidado para que no se dañase, la colocó, boca abajo, en ese lecho aromático.

Los tallos marinos, impregnados de la sangre de Medusa, se endurecían y se tornaban rojos. Se dieron cuenta enseguida las nereidas, quienes, después de seguir a prudente distancia el combate, se habían aproximado para ver de cerca al vencedor. Fascinadas por el prodigio, se llegaban a la orilla llevando consigo muchos de esos tiernos brotes, los acercaban a Medusa y los retiraban bellamente petrificados. Serían el mejor adorno para sus coronas por su color y su delicadeza pues, así como en las arenas líbicas la sangre de Medusa engendró a las serpientes, en el mar se transformaba en coral. El enfado de las nereidas por la soberbia de la reina Casiopea se apaciguó también: juzgaron que su sufrimiento

al tener que sacrificar a su hija Andrómeda había sido suficiente castigo y dieron por expiada su culpa.

Entretanto, Perseo se purificó en el manantial y sus aguas quedaron teñidas de rojo para siempre, pues de este modo quisieron los dioses dejar constancia de su proeza. Después preparó tres altares: el izquierdo, para Hermes, al cual le sacrificó un becerro; el derecho para su protectora Atenea, a quien ofreció una vaca, y el del centro, dedicado al rey de los dioses y padre suyo, el poderoso Zeus, quedó regado por la sangre de un toro. Concluidos estos rituales, se dispuso a celebrar el que más ardientemente deseaba: su boda con Andrómeda. Del bosquecillo cortó varias ramas de mirto y trenzó con ellas dos coronas: una para él y otra para su amada pues, como explicaría a sus anfitriones más tarde, en su tierra este arbusto estaba consagrado a la poderosa Afrodita, diosa del amor, y los esposos se coronaban con sus hojas para propiciar su mutua fidelidad y su fecundidad.

Aquella misma tarde, el palacio del rey Cefeo fue adornado con guirnaldas que entrelazaban rosas y oloroso ciprés y se encendieron mil antorchas que destellaban en las paredes y en las columnas doradas del gran salón del trono. Ungidos con aceites perfumados, ricamente vestidos y coronados de mirto se reencontraron Perseo y Andrómeda. Los ojos de la novia brillaban más que una noche estrellada y solo el pudor y la modestia conseguían mantenerlos apartados del rostro de su amado. Perseo resplandecía en la sonrisa, miraba continuamente a su esposa y no parecía dar ninguna importancia a su hazaña. Ardieron las antorchas nupciales de Eros e Himeneo, el protector de las bodas, y se entonaron sus cantos; las promesas matrimoniales fueron hechas de buen grado y



El liberador había rescatado a Andrómeda y a todo su pueblo del azote del monstruo.

con excelentes augurios, y los novios presidieron, junto a los reyes, el banquete.

Los criados colmaron las mesas con exquisitos manjares: jabalíes, patos, corderos, condimentados con hierbas y diversas salsas; verduras y legumbres mezcladas con huevos y almendras; frutas, dulces y golosinas. Solo faltó en la mesa el pescado y todos agradecieron en su interior que así fuera, pues el sufrimiento que les había llegado del mar era aún demasiado reciente como para deleitarse con sus frutos. Los novios eran los únicos que tenían motivos para acordarse de él con un escalofrío de miedo y deseo. Y ambos, aunque debían disimularlo, ansiaban que el banquete concluyera cuanto antes para retirarse y quedarse a solas. No querían lo mismo los invitados ni los reyes, pues pretendían, sobre todo, saber más de ese extraordinario joven. Que gozaba de la protección de los dioses era indudable, pues ¿qué otro ser humano podía volar? Su valentía era muy superior a la de cualquier guerrero etíope, ninguno de los cuales había osado enfrentarse a aquel monstruo espantoso. Y aquella cabeza que llevaba consigo y que no aceptaba enseñar a nadie ni separarse un instante de ella, ¿a quién había pertenecido? ¿Cómo logró arrancarla del cuello de su dueño?

Perseo satisfizo la natural curiosidad de los comensales y de su nueva familia. Entre bocado y bocado, relató los hechos más importantes de su vida, su largo viaje para encontrar a las gorgonas y enfrentarse a Medusa, los lugares que había conocido, las tierras y los mares que había visto desde el cielo. Continuamente le hacían preguntas que él respondía con elocuencia y embelesaba aún más los oídos ya enamorados de Andrómeda y la favorable impresión que de él

tenían los reyes. Se sirvieron más vino y más postres y, en el momento en que los criados ofrecían unas tortas bañadas en miel, irrumpió en el salón el hermano del rey, Fineo, seguido de muchos de sus hombres, todos ellos armados.

—Vengo a por mi prometida —se encaró con Perseo—, y ni tú, ni tus alas, ni el mismo Zeus que viniera ayudarte podrían impedir que me la llevara, pues estoy en mi derecho de tomarla como esposa legítima.

6



Se cierran los círculos

Un gran alboroto sacudió el entero salón. Los criados soltaron las fuentes; los guerreros de Fineo golpeaban el suelo con sus lanzas, dispuestos a usarlas; el nuevo esposo permaneció inmóvil y, como él, muchos comensales, a fin de no inflamar los ánimos. Andrómeda y su madre, Casiopea, se apretaron la una a la otra sin atreverse a abandonar la mesa.

—¿Cómo te atreves a irrumpir así en mi casa? —El rey Cefeo se había puesto en pie. Tras un breve silencio, abrió los brazos en actitud conciliadora—. Vamos, hermano, siéntate y alégrate con nosotros de que Andrómeda esté viva.

—Vengo a llevármela —El tono de Fineo era desafiante—. Me la habías prometido, pero está claro que tu palabra no tiene ningún valor. Prefieres entregársela a un extranjero.

—No tienes derecho a reclamar a mi hija. Por cobardía o por desinterés, no moviste un solo dedo para impedir que acabara en el vientre de un monstruo.

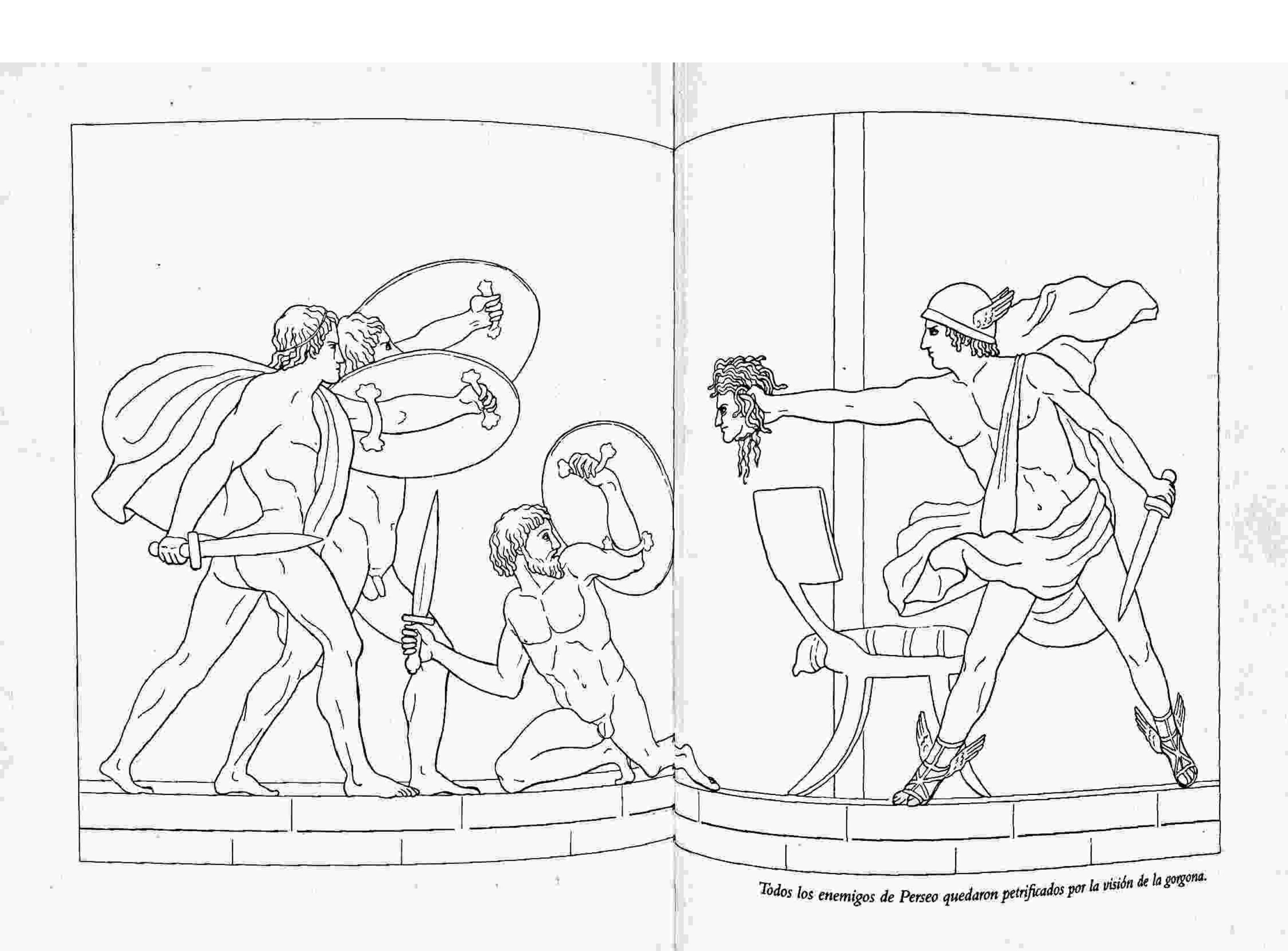
—¿Me llamas cobarde tú, que con tus propias manos la encadenaste a una roca? —Los ojos de Fineo echaban lumbre, le temblaban las manos—. Yo mismo cogeré lo que es mío.

Dio un paso atrás y, con todas sus fuerzas, arrojó contra Perseo su lanza. La esquivó el joven, y la arrancó de la pared donde se había estrellado. Fineo se refugió tras el altar sacrificial y la lanza devuelta por Perseo se clavó en la cabeza de un secuaz suyo. Salpicó la sangre una de las mesas, mas ya saltaban por encima de ellas unos y otros, espada en mano, y se lanzaban feroces ataques. Las mujeres, entre gritos y llantos, corrieron a una esquina de la sala. Jóvenes en la flor de la edad, ancianos que, faltos de fuerza, solo usaban la palabra para apaciguar los ánimos caían muertos por los contendientes. Perseo, con el alfanje aún manchado con la sangre de Medusa y de la bestia marina, sajó brazos, cabezas, piernas, hasta que lo rodearon los hombres de Fineo y se vio en trance de morir. De un salto alcanzó su inseparable *kibisis*, agarró de dentro la cabeza de Medusa y, pidiendo a sus partidarios que se abstuviesen de mirar, la mostró a sus enemigos. Quien estaba a punto de clavar su espada se quedó con ella en el aire; en actitud de descargar la lanza o de esquivarla permanecieron otros, petrificados todos por la visión del rostro y los cabellos viperinos de la gorgona. El propio hermano del rey, que extendió sus manos suplicantes hacia Perseo al ver aquel estrago, quedó con una rodilla genuflexa, lágrimas de mármol en los ojos, la boca entreabierta de estupor.

En un mismo día combatió dos veces Perseo y las dos por el amor de Andrómeda. La pena de la joven, su reciente miedo se diluyeron en los brazos amorosos de su esposo. Se amaron con pasión y con dulzura, invocaron muchas veces a

Eros mientras se entremezclaban sus miembros y sus bocas, la aurora los sorprendió exhaustos de alegría y de besos. Andrómeda no quiso adormecerse después. Al contrario, rogó a su esposo que preparase su partida sin demora. Ni un solo día más quería compartir el techo con unos padres que, aún por designio divino, la habían sacrificado. Hallaron en el puerto a un comerciante que, libres ya las aguas de la amenaza del siniestro monstruo, se aprestaba a hacerse a la mar con su nave cargada de mercaderías. Aceptó con gozo a tan ilustres pasajeros y se avino a llevarlos a la isla de Serifos. Así, pese al llanto inconsolable de Casiopea y los ruegos de Cefeo, se despidieron y los ojos de Andrómeda recorrieron por última vez las costas de su patria mientras la nave la alejaba de ellas. A su lado, su esposo pensaba que su madre y él, también a causa de un oráculo, fueron fatalmente expulsados de Argos. Ahora mejor que nunca comprendía que el destino no era inmutable y, por ello, nada debía temer.

Fue una navegación plácida, con la mar bonancible. Solo de vez en cuando los delfines y las nereidas rompían la calma formando alegres olas de espuma. Los esposos disponían de tiempo para pensar en su futuro. Perseo había aprendido mucho sobre los seres humanos y los monstruos, había volado como los pájaros y había usado armas que pertenecían a los dioses. Podía luchar con más bravura que nadie, mas no amaba las disputas ni la guerra. Prefería los juegos que no causan daño a nadie, mantener la paz entre reinos distintos. Sobre todo anhelaba conocer a su abuelo, Acrisio, convencerlo de que no era su enemigo ni jamás le causaría daño. Gobernar a los pueblos era un arte que el viejo rey le podría enseñar pues, a la postre, él era su único heredero.



Todos los enemigos de Perseo quedaron petrificados por la visión de la gorgona.

De todo ello hablaban al caer la noche, entre mimos y risas sofocadas para no provocar las burlas de la tripulación. Tumbados sobre cubierta observaban el cielo nocturno, Perseo le señalaba las distintas estrellas y su amor crecía cada día. Al fin, en el horizonte se dibujó la recortada costa de la isla de Serifos.

∞

La bella Dánae se acercó al muro del santuario de los dioses olímpicos para contemplar el mar. Buscaba en él la frescura del agua, serenidad para su ánimo. Le brincó el corazón un instante al ver una nave de vela desconocida dirigirse al puerto de Serifos: quizá fuera Perseo. Mas la venció el desánimo. Quién sabe dónde estaría su hijo. Todo había ido mal desde que él se marchó. A los dos días, la querida Ea cayó enferma de gravedad y ella misma se ocupó de cuidarla durante meses, sin separarse de su lado ni de día ni de noche. El rey Polidectes adoptó entonces una actitud hosca y desagradable hacia su hermano Dictis. Incomprensiblemente, al poco tiempo de empeorar Ea, le ordenó que fuera como enviado suyo a la isla de Samos a encargar tres naves para su flota y, al negarse Dictis a dejar a su esposa tan enferma, lo excluyó de la corte y lo tachaba de mal súbdito y de vil esclavo de las mujeres. Nadie comprendía la repentina hostilidad del rey. Hasta que Ea murió y Dictis solicitó el permiso real para casarse con Dánae. Los gritos de Polidectes alcanzaron las nubes. Exigió a su hermano que le entregara a Dánae en palacio y, al día siguiente, viendo que su orden no era obedecida, mandó a sus guardias a buscarla a su casa para que la llevasen por la fuerza. Advertido Dictis

por un buen amigo, él y Dánae se refugiaron en el suelo sagrado e inviolable del santuario llevando consigo algunas ropas, comida y la esperanza de que el monarca depusiera pronto su actitud. De esto hacía casi dos meses.

Dánae comprobó el saco de las provisiones. Tenían para tres o cuatro días. Sobre ellos se cernía una muerte lenta y dolorosa en cuanto se acabasen. Se volvió para mirar a Dictis. Era un gran hombre, digno y piadoso. En ese momento, de pie ante el altar de Zeus, desmenuzaba media torta como ofrenda al dios. Una ofrenda pobre y valiosísima a la vez, pues en confeccionarla habían empleado hasta el último pellizco de harina. Fuera del recinto sacro, los soldados del rey golpeaban de vez en cuando las lanzas contra los escudos para que los refugiados recordasen que seguían bajo su vigilancia y era imposible que los socorriese ningún ser humano.

∞

La fama, que suele preceder a aquellos cuya gloria pregona, había difundido las hazañas de Perseo por toda Grecia. Con alborozo y honores de héroe fue recibido en el puerto de Serifos. Este lo abrazaba, aquel le besaba la mano, otro le recordaba aquella vez que se cayó de un caballo y lo llevó en brazos a casa de Dictis. Todos tenían un buen recuerdo del muchacho que se fue cargado con un escudo que a duras penas podía sostener y ahora volvía convertido en un hombre. Mas la alegría del recibimiento duró solo unos instantes. Llegaba muy oportunamente, le dijeron sus amigos, porque su madre estaba en grave peligro y también Dictis. En pocas palabras le contaron lo ocurrido y resumieron la situación: estaban aislados en el santuario de los dioses olímpicos que,

por ser sagrado, era el único sitio al cual no se atrevía a entrar Polidectes por la fuerza. Con cada palabra a Perseo se le mudaba el semblante. Empezaba a comprender los motivos de Polidectes para empujarlo a enfrentarse a Medusa: esperaba que, alejándolo a él, su madre quedase indefensa, a su merced. No había contado con que Dánae permanecería fuera de sus garras al dedicarse por entero al cuidado de Ea, dentro de la casa de Dictis y rodeada de gente.

Perseo lanzó una mirada de entendimiento a Andrómeda, cogió sus armas y, seguido por un grupo muy numeroso, se dirigió al palacio real. A mitad de camino, un pastor de caballos le informó que había visto al rey, de caza, cerca de la cueva de los cíclopes. Así pues, dieron un rodeo a fin de salirle al encuentro. Poco llevaban andado cuando se encontraron cara a cara con el soberano y sus hombres, armados con lanzas y hondas. Ambos grupos se detuvieron a cierta distancia. Polidectes, despectivo, se burló a voces de Perseo. Con grandes risotadas, que secundaban sus esbirros, lo llamaba farsante. Habría estado todo ese tiempo tumbado boca arriba, riéndose de los crédulos que se tragaban sus embustes y sus fingidas proezas. ¡Que había cortado la cabeza de Medusa! Menudo embaucador. Conteniendo la ira de sus amigos, Perseo lo dejaba hablar y reírse. Y cuando a Polidectes ya no le quedaron insultos ni calumnias que esgrimir contra él, metió la mano en la *kibisis*, extrajo la cabeza de Medusa y se la mostró, para que comprobase por sí mismo si eran o no ciertas sus hazañas. Al instante, los ojos del rey, desorbitados, se convirtieron en piedra. Se le quedó la boca abierta por el espanto, la clámide levantada como si una brisa aún la pudiera mover. Aunque emprendieron una carrera,

sus hombres no lograron huir. Allí, sobre aquel camino entre montañas, quedó petrificada la evidencia.

Voló tan rápido la noticia que, cuando Perseo llegó al santuario, los soldados que lo vigilaban habían desaparecido dejando, desperdigados por el suelo, los escudos, las lanzas y las espadas cortas. Fue intenso y prolongado el abrazo de reencuentro entre madre e hijo. Dánae lloraba. Él le besaba el cabello y le aseguraba que ni un solo día de su larga ausencia había dejado de recordarla. No menos alegría experimentó al saludar a Dictis y conocer sus planes de matrimonio.

—Me he adelantado a vosotros —dijo Perseo con una gran sonrisa—. Me he casado. Vayamos a nuestro hogar y os presentaré a mi esposa.

En el umbral los esperaba Andrómeda. Dánae la recibió como a una hija y ambas se emocionaron. Allí mismo, delante de la multitud que se había reunido ante la puerta, Perseo devolvió a Dictis el escudo que le había prestado y que tan importante había sido para vencer a la Gorgona. No quería colgarlo él mismo como le prometió al partir, le dijo, pues con ese escudo que había pertenecido a su padre, rey de Serifos, le ofrecía a Dictis la dignidad real, puesto que a su hermano Polidectes hasta la sangre se le había convertido en piedra. Estalló en gritos de júbilo la muchedumbre, pues los habitantes de la isla estimaban a Dictis y aprobaban de buen grado que sucediese en el trono a su hermano. Aquel dio las gracias y anunció públicamente lo que ya era conocido por todos: que amaba a Dánae y deseaba convertirla en su esposa y reina.

Dos días después, celebradas ya las bodas de Dictis y Dánae, Perseo subió al alba al santuario de los dioses olímpicos.

Excepto por el escudo devuelto a Dictis, iba completamente equipado y armado y llevaba tres corderos atados con una cuerda. De todo ello se despojó cuando estuvo delante de los altares. Sacrificó los animales por orden: a Zeus le agradeció la protección prestada a él mismo y a su madre; a sus hermanos inmortales, la ayuda inestimable que le habían dado. Extrajo de la *kibisis* la cabeza de Medusa y, con suma delicadeza, la apoyó con el rostro hacia adentro en el lado diestro del altar de Atenea. A ella le pertenecía ese trofeo. Por último, se desanudó las sandalias aladas y, junto con el casco de Hades, la espada curva y la *kibisis* vacía, las depositó a los pies del altar de Hermes. Le devolvía esas armas maravillosas, cuyos atributos estaban por encima de los merecimientos humanos.

◇◇◇

Durante unas jornadas, Perseo y Andrómeda fueron agasajados como hijos e invitados de los reyes. El joven volvió a recorrer los montes con sus amigos, entró en la cueva de los Cíclopes y vio que, en efecto, enormes rayas en la pared parecían dibujar un plano; practicó en la playa el lanzamiento del disco y resultó que lo hacía aún mejor que antes de marcharse. Fueron días gozosos, llenos de recuerdos, relatos de sus aventuras y desventuras, de buenos augurios para la criatura que había engendrado en el vientre de Andrómeda. Al fin, Perseo decidió que era momento de partir al encuentro de su abuelo, el rey de Argos. Dánae le entregó el manto púrpura que su padre les había arrojado cuando estaban ya dentro del baúl. No para recordarle a Perseo cuáles eran las funestas intenciones de Acrisio, sino para que, viendo el

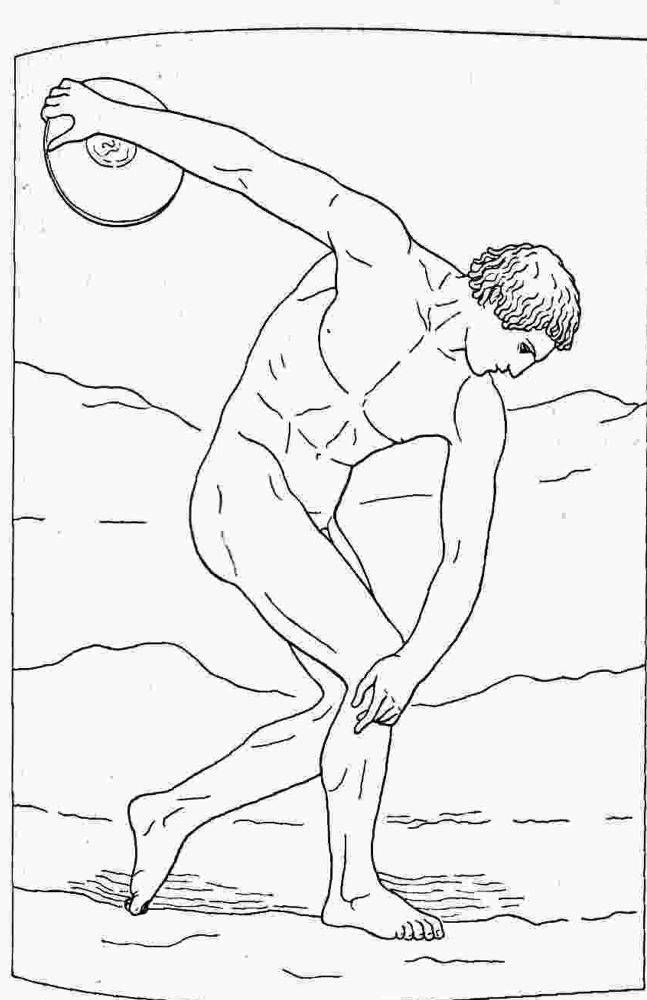
manto, el rey pudiera reconocer a su nieto. Fueron muchos los abrazos, las lágrimas, las promesas de volver a reunirse pronto que se intercambiaron madre e hijo.

Allá en Argos, sin embargo, el rey Acrisio, enterado no solo de la supervivencia de su hija y su nieto, sino también de las grandes gestas de este y su intención de acudir a verlo, abandonó la ciudad. No quería encontrarse con él. Así, cuando tras una apacible travesía, Andrómeda, Perseo y cuatro amigos de este llegaron a Argos, el joven vio contrariado su deseo. Lo recibieron los argivos con grandes aclamaciones y honores, muchas personas recordaban a su madre y aquellos días ruidosos en que se construyó y se forró de bronce la torre donde habría de nacer él. Perseo quedó muy conmovido al entrar en ella, tan angosta, tan asfixiante. Aun sin cerrojos, se conservaba intacta, pues nadie, ni siquiera los perros, se acercaba al pequeño bosque. Los tilos y los cipreses habían crecido tanto que la escondían casi por completo.

Perseo y los suyos se preparaban a esperar con paciencia el regreso del rey, cuando llegó de Larisa la noticia de la muerte de su soberano. Su hijo y sucesor, el rey Teutámidas convocaba a su ciudad a los atletas que quisieran tomar parte en los juegos que preparaba en honor a su difunto padre. Perseo quiso acudir de inmediato: no solo porque ardía en deseos de presentar el disco de su invención, sino también porque recordaba los tiempos en que, a la búsqueda de la morada de las ninfas, recorrió las tierras que regaba en primavera el río Peneo. Algunos campesinos y pastores lo habían acogido bajo su techo y habían compartido con él el fuego del hogar. Reencontrarse con ellos, decirles que había conseguido su propósito de vencer a Medusa era, también, un aliciente.

Partió enseguida el grupo y llegó a Larisa a tiempo de participar en los juegos. Perseo no quiso darse a conocer antes de competir, pues deseaba que el disco fuera juzgado por sí mismo, no por los méritos de su inventor. Se alojaron en casa de un tonelero y disfrutaron de los juegos durante tres días. Al cuarto, antes de las carreras de caballos, estaba previsto que él y sus amigos compitieran entre sí para mostrar su invento. La planicie junto al río donde se celebraban los juegos acomodaba, a ambos lados de la pista, a un público deseoso tanto de honrar al rey difunto como de disfrutar de las habilidades de los contendientes. Había mucha curiosidad por conocer ese juego nuevo que traían los jóvenes de Serifos. Los jueces anunciaron el nombre del primer lanzador. Con las piernas flexionadas, levantó el brazo en cuya mano sujetaba el disco, luego lo echó hacia atrás para tomar impulso y, con toda la fuerza del brazo y de su propio cuerpo, lo arrojó hacia adelante. Giró el objeto en el aire y cayó a gran distancia. El público estalló en vítores, felicitaron al atleta los más próximos. Otros dos jóvenes lanzaron con idéntico éxito antes de dejar su puesto al último discóbolo.

Un rumor se elevó entre los asistentes cuando el juez anunció a Perseo de Argos. Al oír su nombre, una figura se separó del público. Salió del lateral que limitaba con el río y, casi a la carrera, empezó a atravesar la pista para alcanzar el lado opuesto, huyendo. Gritaron los espectadores y los jueces, pues, aunque estaba lejos, era muy peligroso cruzar de ese modo la línea de tiro. No dio tiempo. El disco, impulsado con mucha más potencia que los anteriores, los superó en distancia y su canto golpeó de lleno en el cuello del imprudente espectador. Se desplomó con la cabeza



Un rumor se elevó entre los asistentes cuando se anunció a Perseo de Argos.

casi cercenada del tronco. Corrieron muchos en su auxilio y Perseo llegó entre los primeros. Nada se podía hacer. Estalló en gritos otro hombre: el muerto era su señor, el rey Acrisio de Argos. Sí, el mismo rey Acrisio que, para sustraerse a los designios anunciados por el oráculo, había encerrado en una torre a su hija. El que había huido de su ciudad para evitar el encuentro con la muerte. Y si ese Perseo era su nieto, sin duda acababa de cumplirse el destino de ambos. El estupor se reflejaba en los rostros de todos. Perseo, arrodillado junto al cadáver de su abuelo, le apoyaba la mano en la espalda y guardaba silencio mientras la hierba se bebía una sangre que también era suya.

◇◇◇

El rey Teutámidas, impresionado por este suceso y por la fatal coincidencia de que un monarca muriese en el funeral de otro, le ofreció a Perseo un lugar noble, a las afueras de la ciudad, donde dar sepultura a Acrisio. El soberano de Argos había acudido a Larisa haciéndose pasar por un griego cualquiera a fin de que nadie pudiese reconocerlo o dar razón de él. Sus ropas y su equipo eran corrientes. Con discreción se celebraron los funerales y su nieto le colocó como sudario el viejo manto púrpura que su abuelo, por capricho del destino, le había destinado a él.

Perseo se sumió en la tristeza. Esta muerte inesperada trastocaba sus planes, alteraba el futuro. Pidió a sus amigos de Serifos que regresaran a la isla para darle a Dánae la noticia. Él mismo permaneció en Larisa, no sabiendo qué hacer ni a dónde ir. Los brazos amorosos de su esposa, sus esfuerzos para persuadirlo de su inocencia respecto a aquel fatídico

accidente no lo consolaban. Mucho tuvo que rogarle Andrómeda para que recibiese a dos consejeros venidos de Argos, pues le avergonzaba mirarlos siquiera a la cara después de haber matado a su rey. Sin embargo, los consejeros lo saludaron como su soberano y le urgieron a regresar a Argos. Una ciudad tan importante no podía prescindir del monarca. Debía recordar que Acrisio y su hermano gemelo, Preto, libraron encarnizadas guerras por el control del reino de sus antepasados y, finalmente, lo habían dividido: Argos quedó en poder de Acrisio y Tirinto en manos de Preto. Ambos pertenecían ya al reino de las sombras, pero, sin un rey en Argos, ¿quién aseguraba a los argivos que el hijo de Preto, Megapentes, no atacaría su ciudad a fin de apoderarse de ella?

Este encuentro arrancó a Perseo de su melancolía. Después de haber matado a Acrisio, no se sentía legitimado para ocupar su trono, la sola idea lo hacía sentirse como un usurpador. Su corazón le impedía ser rey de los argivos. Sin embargo, tampoco podía desentenderse de la suerte de su pueblo: su estirpe y su propia responsabilidad exigían que se esforzara para procurar su bien, asegurarles una vida pacífica y próspera. Mas ¿cómo hacerlo? Se hallaba ante un conflicto de resolución casi imposible, en un callejón sin salida.

Decidió ganar tiempo y, guardándose mucho de exponer este dilema a los consejeros argivos, les pidió que se fueran a descansar y retornaran al día siguiente para seguir las conversaciones. Durante toda la noche repasó las palabras de los enviados y cuáles eran las expectativas y las necesidades expuestas, reflexionó en profundidad. Cuando al otro día estos volvieron a visitarlo, los acogió con el mejor humor y les ordenó regresar enseguida a Argos a fin de preparar las

ceremonias para recibir a su nuevo rey. Una vez recuperada su alegría de siempre, esa misma tarde Perseo se despidió del rey Teutámidas, le agradeció su generosidad y prometió volver. Dos días después Andrómeda y él abandonaron Larisa y, primero por tierra y luego por mar, alcanzaron el puerto más próximo a Tirinto. Ese era su destino.

Las puertas del palacio real de Tirinto se abrieron de par en par para recibirlos. El rey Megapentes tenía la misma edad que Dánae y los acogió paternalmente. No había en él trazas de la belicosidad de su padre ni de su tío; era, por el contrario, una persona ecuánime y tranquila. Le pidió a Perseo, durante el banquete de bienvenida, que le relatara sus aventuras y peripecias. Megapentes soltó una carcajada al escuchar, contado con mucho humor y detalle, el episodio de las tres viejas grayas y cómo les había arrebatado el ojo para conseguir su propósito. Aún sonreía cuando Perseo, sentado a su diestra, se inclinó un poco hacia su oído y le dijo que también a él quería proponerle un trato, un intercambio. Aunque para ello no se proponía privarlo de un ojo. El rey volvió a reír y, percibiendo tan buena disposición, Perseo expuso sus argumentos:

—Muchas veces me contó mi madre que a mi abuelo, el rey Acrisio, le consumía el deseo reinar en Tirinto. Y que tu padre, el rey Preto, ambicionaba, en cambio, gobernar Argos, la ciudad de Acrisio.

—Cierto —respondió Megapentes no sin amargura—. Pese a ser hermanos gemelos guerrearon durante años entre sí, se amargaron mutuamente la existencia y nunca disfrutaron ni de lo propio, ni de lo que el otro hermano poseía.

—¿No crees que nosotros, sus descendientes, podríamos cumplir esos viejos deseos? —añadió Perseo con calma—.

Te propongo que intercambiemos nuestros reinos: que tú seas rey de Argos y yo lo sea de Tirinto.

La propuesta sorprendió y dejó atónito a Megapentes. Miró fijamente a Perseo y, por su expresión, se dio cuenta de que debía considerarla con seriedad. Su pariente era un hombre pacífico pero también, en potencia, un enemigo formidable, como proclamaban sus hazañas. No sería inteligente contrariarlo. La oferta, por otra parte, no era descabellada ni desigual: ambas ciudades formaban parte de la herencia de sus antepasados comunes, eran prósperas, de similar población y riqueza y estaban bien fortificadas. Si acaso, Argos era un poco más importante y él saldría ganando. Además, saldar las rivalidades familiares y transformarlas en un lazo fraternal convenía a ambos pueblos. Megapentes aceptó.

De este modo el ilustre Perseo se convirtió en monarca sin necesidad de ocupar el trono de Acrisio, pues reinó en Tirinto y fundó las ciudades de Micenas y Midea, a las que dotó de fuertes murallas. Su unión con Andrómeda fue fructífera: el primero en nacer fue Perses, de quien se dice que fue criado por su abuelo materno, el rey Cefeo, y sería ilustre antepasado de los reyes de Persia. Luego nacieron cinco hijos: Alceo, Esténelo, Heleo, Méstor y Electrión, y una hija, Gorgófone, y entre sus descendientes descolló el gran héroe Hércules.

La diosa Atenea aceptó la cabeza de Medusa y la colocó en el centro de su armadura, desde donde la Gorgona paraliza e infunde terror a los combatientes que se atreven a mirarla. Como premio a la virtud de Perseo, su divina hermana lo puso en el cielo, de pie y con la mano derecha mostrando la cabeza de Medusa. Muy cerca, por voluntad de la misma

diosa, se halla su amada Andrómeda, con los grilletes y las cadenas sueltas en memoria del cruel destino del que Perseo la rescató. Casiopea, su madre, y el rey Cefeo también están a su lado, sobre la tierra de los hebreos, pues hasta allí se extendía entonces el reino etíope.

Considerado por los griegos como el más ilustre de los hombres, Perseo dejó constancia en la tierra de que el destino se cumple de manera inexorable; en el cielo, de que el amor y el coraje no se extinguen.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Hijo de Zeus y de la mortal Dánae, Perseo se labró un puesto en la memoria de los hombres gracias a gestas como la muerte de Medusa y la liberación de la princesa Andrómeda. Fue el destructor de terribles monstruos que poblaban el mundo, y algunas fuentes también lo consideran el fundador de ciudades que conquistarían fama inmortal, como Micenas.

Perseo pertenece a la misma categoría de héroes que Hércules y Teseo: no es un guerrero, como lo serán los de la generación siguiente, la de la guerra de Troya, sino un futuro rey que limpia la faz de la tierra de un monstruo como Medusa para conseguir su meta y funda una de las ciudades más importantes de la Edad del Bronce griega como fue Micenas: en definitiva, un destructor y un constructor. El primer aspecto viene incluso avalado por su nombre, pues, según una de las etimologías que se han aventurado, deriva del verbo griego *perthein*, que significa «destruir, saquear, arrasar». De este modo, *Pterseus* sería «destructor». Pero no de ciudades, sino de criaturas que remiten a un tiempo anterior al triunfo de los olímpicos y que estos intentaban erradicar con la ayuda de unos héroes que, en su mayoría, tenían un origen divino. Perseo no fue una excepción, pues su padre fue el propio rey de los dioses, Zeus, quien para llegar hasta la mortal Dánae realizó la que posiblemente sea la más sorprendente de todas sus transformaciones: si a Leda la conquistó en forma de

cisne, a Europa como toro y a Alcmena con el aspecto de su esposo, a la hija de Acrisio la tomó como una lluvia de oro que se filtró hasta el interior de la cámara de bronce donde estaba encerrada. No obstante, ya en la Antigüedad algunos autores pusieron en tela de juicio esta metamorfosis divina. La *Biblioteca mitológica*, atribuida al mitógrafo griego Apolodoro de Atenas (siglo II a. C.), tras dar la versión tradicional del episodio, añadió a modo de interpretación que fue el tío de Dánae, Preto, quien la sedujo. Si ello fuera así, la lluvia de oro no sería más que una alegoría del eterno poder del dinero para abrir todo tipo de puertas, las de las prisiones, pero también las del amor.

La otra faceta, la de constructor, se revela en la fundación de Micenas, «la rica en oro» que cantaba Homero en la *Ilíada* allá por el siglo VIII a. C. La ciudad de la que sería rey Agamenón, el caudillo que encabezó el ejército que conquistó Troya, encontraba así un fundador de prestigio tanto por sus hazañas como por la sangre divina que corría por sus venas. Micenas llegó a ser tan importante que incluso ha dado nombre a una civilización, la micénica, que floreció entre el siglo XVI a. C. y el XII a. C, cuando colapsó por motivos que se desconocen y Grecia se hundió en una edad oscura de la que solo comenzó a salir hacia el siglo VIII a. C. Otras ciudades que aparecen mencionadas en el mito conocieron precisamente su etapa de mayor esplendor en aquella lejana época: es el caso de Argos, de donde era rey el abuelo de Perseo, Acrisio, y de Tirinto, en cuyo trono acabó sentándose el héroe.

No obstante, es el primer Perseo, el destructor, el que más ha calado en la posteridad por el componente aventurero de sus hazañas. Una de ellas, la del rescate de Andrómeda de las garras del monstruo marino enviado por Poseidón, es un motivo que evoca otro muy similar, protagonizado por Hércules: uno de los episodios secundarios de los célebres trabajos que el semidiós emprendió para

el rey Euristeo de Micenas (la ciudad fundada por Perseo) es el de la liberación de la princesa troyana Hesíone cuando esta se hallaba ya encadenada a un peñasco para ser sacrificada a otra criatura marina que asolaba la comarca. Ya en época cristiana, resulta difícil no relacionar este rescate con la popular leyenda de san Jorge y el dragón, una alegoría del triunfo del bien sobre el mal que en la Edad Media se convirtió en un modelo del ideal del caballero cristiano.

Desde el Barroco, este episodio de la liberación de Andrómeda fue el predilecto de los pintores. La escena más habitual es la que la muestra desnuda y encadenada a un peñasco, con el monstruo emergiendo de las aguas y el héroe llegando al rescate por el aire, bien con las alas proporcionadas por Hermes, bien montado sobre el caballo alado Pegaso (en lo que es un préstamo de otro mito, el de Belerofonte y su lucha contra la Quimera). Así la han representado los italianos Piero di Cosimo (1462-1522) y Giuseppe Cesari (1568-1640), además de Tiziano o el holandés Joachim Wtewael (1566-1638). El motivo sobrevivió al Barroco y llegó al Romanticismo con Eugène Delacroix (1798-1863) y al Simbolismo con Gustave Moreau (1826-1898), este con un tratamiento del tema más sensual que dramático. Mención especial merece el pintor inglés Edward Burne-Jones (1833-1898), quien en la década de 1880 realizó todo un ciclo sobre Perseo que destaca por su carácter esteticista y escenas originales como la que muestra al hijo de Dánae enseñando a Andrómeda la cabeza de Medusa reflejada en una pila de agua.

MEDUSA, HORROR Y FASCINACIÓN

Dejando de lado la producción de mitógrafos, la mejor aproximación literaria de la Antigüedad grecolatina al mito de Perseo es la que ofre-



Hacia 1510, Piero di Cosimo pintó la tabla La liberación de Andrómeda *(Galleria degli Uffizi de Florencia). En ella se representan simultáneamente el cortejo que conduce a Andrómeda a la playa, su encadenamiento al peñasco, la llegada de Perseo y su lucha con el monstruo marino. Todo ello en un paisaje de fantasía y con figuras de músicos y público que le dan al conjunto un tono carnavalesco.*

ce el latino Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) en su poema *Metamorfosis*, escrito, como se lee en su primer verso, «para hablar de formas mudadas a cuerpos nuevos». Su relato, además de representar el episodio de Atlas, se recrea en el del rescate de Andrómeda de las fauces del monstruo marino: «El héroe escapa con sus alas veloces de los ávidos mordiscos y, por donde tiene acceso, hiere con su espada en forma de hoz ya el lomo cubierto de conchas cavernosas, ya las costillas de los flancos, ya por donde la cola más delgada termina en pez». Otro combate, el sostenido con Fineo, da a Ovidio la ocasión para acercarse al género épico y homenajear la matanza de los pretendientes de la *Odisea* de Homero hasta que Perseo, visto el número de sus rivales, saca la cabeza de Medusa y los petrifica a todos. En el poema

ovidiano, esta Medusa ya no es la criatura primigenia, sino la joven que deshonró el dios de los océanos, Neptuno (el Poseidón romano), en el templo de Minerva (Atenea), «quien cambió la cabellera de la gorgona en feas hidras. Y aun ahora, para aterrar y dejar paralizados a sus enemigos, lleva delante del pecho las serpientes que creó».

Muy diferente fue el enfoque que dio al mito el sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d.C.) en sus *Diálogos marinos*. Si en uno de ellos unas nereidas narran la historia de Dánae y su hijo, abandonados por Acrisio en un cofre en el mar, y deciden salvarlos y conducirlos a un puerto seguro, en otro esas mismas nereidas se lamentan de la ingratitud de Perseo al dar muerte al monstruo que iba a vengarlas de las afrentas de Casiopea, la madre de Andrómeda. Aunque, bien mirado, y como dice una de esas nereidas, «¿en qué pudo faltarnos la muchacha si fue la madre a la que se le subieron los humos hasta el punto de considerarse más hermosa que nosotras? [...] Así que alegrémonos por la boda». Desenfadado y original en su enfoque, Luciano fue también el primero en hacer que Perseo venciera al monstruo no con su espada, sino dejándolo petrificado con la cabeza de la Medusa.

Muchos siglos más tarde, dos de los más grandes dramaturgos del Barroco, el español Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) y el francés Pierre Corneille (1606-1684), se acercaron también al mito. Este lo hizo en 1648 con la tragedia *Andrómeda*, que requería tal maquinaria escénica para dar vida a los prodigios fantásticos de la historia, que hubo que construir un nuevo teatro, el Petit-Bourbon de París. Tampoco la obra de Calderón *Fortunas de Andrómeda y Perseo* ahorraba en imaginería escénica. No obstante, lo más interesante de este trabajo es la vinculación que, gracias a un oráculo, se establece entre la muerte de Medusa y la de la criatura enviada contra Andrómeda, de modo que la victoria sobre esta no es posi-

Un mito recordado en el cielo

Cuando los antiguos griegos y romanos miraban al cielo nocturno, el recuerdo del mito de Perseo se les mostraba constantemente a la vista. Según la tradición, a su muerte el héroe fue elevado al cielo por su padre Zeus y convertido en constelación al lado del monstruo marino al que había destruido para que quedara constancia eterna de su gesta. De la constelación de Perseo, cada año, hacia el 10 de agosto, parece partir una lluvia de estrellas que ha recibido por esta causa el nombre de «perseidas», aunque en época cristiana se le diera también el de «lágrimas de san Lorenzo», por coincidir el fenómeno con la fecha del martirio de este santo.

Pero Perseo y el monstruo marino no fueron los únicos personajes del mito que recibieron el honor de acceder al cielo: la esposa del héroe, Andrómeda, fue convertida también en constelación, al igual que sus padres Cefeo y Casiopea, «para que toda la familia permaneciera unida», según escribió el mitógrafo latino Cayo Julio Higino (64 a. C.-17 d. C.) en su *Astronomía*. No obstante, dada la impiedad de Casiopea, cuya jactancia sobre su belleza a punto estuvo de costar la vida a su hija, fue colocada de tal modo que, en palabras del mismo Higino, «mientras el cielo gira, parece que ella permanece con la cabeza boca abajo». Posteriormente, Andrómeda dio nombre a una galaxia, descubierta en el siglo x por un astrónomo persa, Azophi.

ble sin la primera. Posteriormente, el mismo autor dio una versión cristiana del mito en su auto sacramental *Andrómeda y Perseo*, en el que los personajes se convierten en alegorías: Medusa es la culpa, Andrómeda, la naturaleza, y Perseo, la imagen de Cristo.

Ya en el siglo xx, la escritora irlandesa Iris Murdoch (1919-1999) escribió la novela *Una cabeza cortada*, en la que ahonda en la interpretación que el padre del psicoanálisis, el austríaco Sigmund Freud (1856-1939), dio del mito de Medusa: para él, se da una analogía entre la decapitación de la gorgona y la angustia que experimenta todo niño ante el descubrimiento de los genitales femeninos y el temor a una castración. Pero esta Medusa de Murdoch no provoca solo miedo o repulsión; es también el símbolo de la mujer fatal y, como tal, «un terrible objeto de fascinación».

UNA OBRA MAESTRA, EL PERSEO DE CELLINI

Desde la Antigüedad, el mito de Perseo ha inspirado a multitud de artistas. Uno de los motivos predilectos ha sido el de la concepción del héroe. Desde el anónimo pintor de una crátera de figuras rojas de mediados del siglo v a. C. conservada en el Museo del Louvre de París hasta la Dánae del pintor austríaco Gustav Klimt (1862-1918), pasando por unos pintores barrocos para los cuales el motivo era una excusa para representar el cuerpo femenino desnudo, los artistas han creado unas obras que son todo un dechado de sensualidad. Los italianos Correggio (1489-1534), Tiziano (h. 1489-1576), Jacopo Tintoretto (1516-1594), Artemisia Gentileschi (1593-1654) y Giambattista Tiepolo (1696-1770) o el holandés Rembrandt van Rijn (1606-1669) son algunos de esos artistas que han retratado a Dánae recibiendo la fecundadora lluvia dorada.

En lo que se refiere a su hijo, abundan también las representaciones. Las cerámicas griegas o los frescos romanos muestran al héroe como vencedor de Medusa o rescatando a Andrómeda. El primer motivo gozó de especial fortuna gracias a la interpretación que de él hizo el escultor italiano Benvenuto Cellini (1500-1571) en su *Perseo* —que ha servido de inspiración para una de las ilustraciones de la novela—. La obra, realizada en bronce y emplazada en la Piazza della Signoria de Florencia, muestra al héroe con el casco alado de Hermes y sosteniendo la espada y la cabeza recién cortada y aún goteando sangre de la gorgona, cuyo cuerpo yace a sus pies. La expresión fiera y la mirada dirigida hacia el suelo expresan toda la tensión del enfrentamiento que ha tenido lugar instantes antes. Todo eso desaparece en la escultura *Perseo triunfante* del neoclásico Antonio Canova (1757-1822), en la que el héroe se presenta también con la espada y la cabeza en las manos, pero con una actitud mucho más relajada y grácil.

En pintura, destaca el *Perseo* del italiano Luca Giordano (1634-1705), que representa al héroe en el momento en que, asistido por Atenea y Hermes, se dispone a decapitar a Medusa. El dinamismo impregna esta escena, como también otra pintura del mismo artista en la que Perseo convierte en piedra a Fineo y sus seguidores, mostrándoles la cabeza cercenada.

La cabeza de la gorgona, precisamente, es un motivo que cuenta con una amplia tradición. En la Antigüedad se la esculpía en templos como protección contra el mal, como en el de Apolo en Dídima (en la actual Turquía). De ahí pasó a representarse en mosaicos romanos, pero fue en el Barroco cuando los artistas encontraron en ella la ocasión de dar rienda suelta a su gusto por lo tremebundo. Cabezas cortadas, pero aún vivas y de expresión aterradora, fueron representadas por Caravaggio (1571-1610) y Peter Paul Rubens (1577-1640).



En la imagen superior, Cabeza de Medusa, *uno de los trabajos más escandalosos de Caravaggio por su carácter cruento. Puede verse en la Galleria degli Uffizi de Florencia. Abajo, una de las cuatro versiones que Tiziano pintó sobre* Dánae. *Conservada en el Kunsthistorisches Museum de Viena, la obra se recrea en el cuerpo de la joven, al tiempo que introduce un aspecto moral ajeno al mito: el de la venalidad de la vieja criada que recoge la lluvia de oro en forma de monedas.*



DRAMAS MUSICALES Y PELÍCULAS DE AVENTURAS

Más que por Perseo, los músicos de todas las épocas se han sentido atraídos a la hora de abordar este mito por Andrómeda. El alemán Richard Strauss (1864-1949), no obstante, prefirió centrarse en la madre del héroe. Lo hizo en su ópera *El amor de Dánae*, compuesta en 1940. Su argumento mezcla la aparición de Júpiter (Zeus) ante la protagonista en forma de lluvia de oro con la historia de Midas, aquel legendario rey de Frigia que convertía en oro todo lo que tocaba. Un detalle ingenioso de la obra es la aparición de cuatro reinas, Sémele, Europa, Alcmena y Leda, que no son sino otras tantas conquistas del rey de los dioses olímpicos.

Los principales episodios del mito están recreados en el *Perseo* que Jean-Baptiste Lully (1632-1687) compuso en 1682 sobre un libreto inspirado en Ovidio. La muerte de Medusa (aquí representada por un tenor) y el rescate de Andrómeda son tratados con la fastuosidad propia de la tragedia lírica francesa, un género que destaca por el relieve que adquieren la orquesta, los coros y las danzas. En contraste, la ópera seria italiana se caracteriza por una sucesión de recitativos y arias, estas a mayor lucimiento de los cantantes. A este género pertenece *Andrómeda liberada*, escrita al alimón por varios compositores venecianos, entre ellos Antonio Vivaldi (1678-1741) y Tomaso Albinoni (1671-1751). El hijo de Zeus protagoniza también una de las seis sinfonías que el austríaco Carl Ditters von Dittersdorf (1739-1799) escribió sobre temas de las *Metamorfosis* de Ovidio. La cuarta de ellas lleva por título *El rescate de Andrómeda por Perseo*. Se trata de una música que huye de toda descripción para centrarse en la evocación de los sentimientos y emociones del mito.

En la gran pantalla, la mejor adaptación del mito de Perseo viene representada por *Furia de titanes* (1981), de Desmond Davies

(1926). Episodios como el nacimiento del héroe, la muerte de Medusa o la liberación de Andrómeda se encuentran arropados por otros que acentúan el tono de aventura del mito, como la lucha de Perseo contra dos escorpiones gigantes nacidos de la sangre de la gorgona. Lo mejor, los efectos especiales del maestro Ray Harryhausen (1920-2013), quien mediante la técnica de *stop-motion* o animación fotograma a fotograma logró dar vida a criaturas como Medusa o el monstruo marino (el *kraken* en el filme).

Índice